

# La Ilustración Artística

AÑO XV

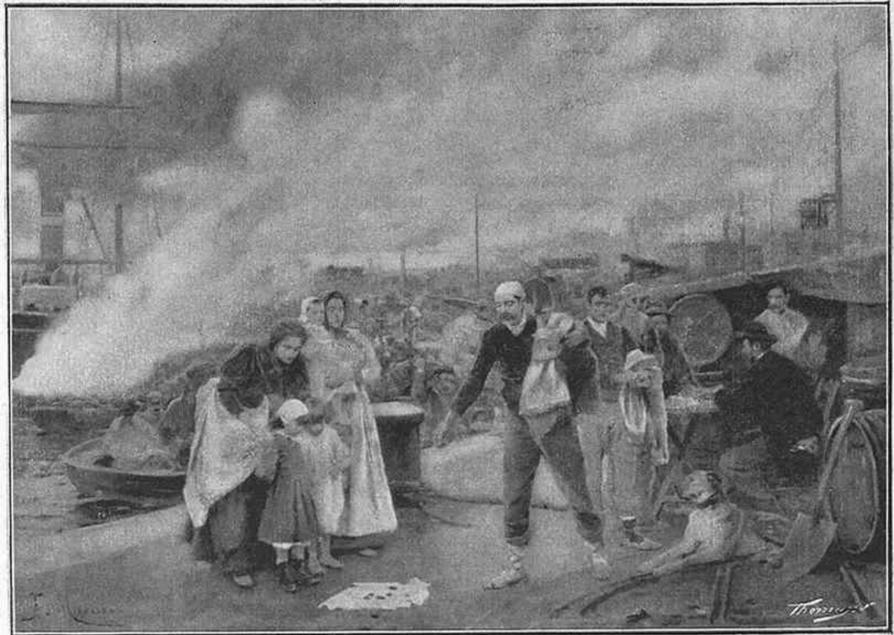
BARCELONA 22 DE JUNIO DE 1896

NÚM. 756

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES E INDUSTRIAS ARTÍSTICAS EN BARCELONA



La tierra, cuadro de Laureano Barrau



Colecta para un herido, cuadro de Francisco Miralles



Hojas caídas, cuadro de Angelo dall'Oca Bianca



**Texto.** — *Sobre la fiesta nacional*, por Emilia Pardo Bazán. — *Los milagros de San Antonio de Padua*, por R. Balsa de la Vega. — *Exposición de Bellas Artes e Industrias Artísticas de Barcelona*, por A. García Llansó. — *D. Gaspar de Velves*, por José Gestoso y Pérez. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Dos anónimos* (continuación). — *La catástrofe de Kodinsky*, por X. — Libros enviados.

**Grabados.** — *La tierra*, cuadro de Laureano Barrau. — *Colección para un herido*, cuadro de Francisco Miralles. — *Hojas caldas*, cuadro de Angelo dall' Oca Bianca. — *Los milagros de San Antonio*, bajos relieves ejecutados por Donatello. — *Primavera de la vida*, cuadro de Alfredo Souto. — *Retrato de mi mujer*, cuadro de J. Villegas. — *La jura de los fueros por Alfonso VIII*, modelo de vidriera en colores, por José Echeña. — *Blondinette*, cuadro de Manuel Feliu D' Lemus. — *¡La novia! ¡La novia!*, cuadro de J. Miralles Darmanín. — *Volviendo del terruño*, cuadro de Juan Llimona. — *¿Volverá?*, estatua de Manuel Garnelo y Alda. — *Primavera*, cuadro de Dionisio Baixeras. — *Leona con sus cachorros*, escultura de Agapito Vallmitjana Abarca. — *Una melodía de Schubert*, cuadro de Francisco Masriera. — *Escena popular veneciana*, cuadro de G. Barison. — *La Maya en Valencia*, cuadro de L. Alvarez. — *Iglesia parroquial de la Granada en Llerena*. — *La campana de Hix*, cuadro de Santiago Rusiñol. — *La catástrofe de Kodinsky*. Plano del campo de Kodinsky en Moscou. — *Reconocimiento de los cadáveres*, dos grabados. — *Iglesia del pueblo de la Esperanza (Cuba)*. D. Pedro Carvaller y Mercadall, cura párroco de dicha iglesia. — *Edad de piedra*, escultura por José Campeny.

### SOBRE LA FIESTA NACIONAL

Hace días recibí de los Estados Unidos — de donde han solido enviarme cosas más halagüeñas — unos artículos que me dolieron lo mismo que si encerrasen alguna personal injuria. La injuriada, en los tales artículos, era España, y el pretexto para injuriarla, las corridas de toros.

Uno de los artículos viene firmado con un nombre de mujer, Mary F. Lowell, señora que, según del mismo impreso se deduce, forma parte de la *Liga ó Sociedad universal de templanza de las mujeres cristianas*. El artículo se titula nada menos que *La bárbara y cruel España, ó La enseñanza de la juventud española explica al verdugo Weyler*; y entre muchas y muy indignadas declamaciones contra la fiesta nacional, la señora Lowell intercala un párrafo donde dice que si bien los españoles son casi todos *analfabetos*, ó sea huérfanos de literatura, aún queda por aquí *sicut rari nantes*, alguna gente sabia é ilustrada — literatos, artistas, políticos — que se avergüenza de la presente situación; á éstos se dirige la autora. Supongo, ya que me envía el artículo, que me cuenta en el número de las personas que por lo menos saben leer y escribir, y temo que desmereceré en el concepto de la señora Lowell si, por ejemplo, describo sencillamente la corrida de Beneficencia...

No hay cosa tan enfadosa, en el terreno de la polémica, como discutir lo ya cien veces discutido, repitiendo argumentos que rodaron por todas las mesas de café, siquiera sea en respuesta á otros que están en igual caso. La tesis de la señora Lowell es tan vieja, vulgar y manida, como lo sería el artículo donde yo rebatiese á esta señora sacando á relucir y calificando como se merecen ciertas atroces costumbres de su patria (las innobles peleas de hombres con perros de presa ó de hombres con hombres, á puñetazos), ó recordando á la miembro de la Sociedad de templanza que aquí no necesitamos tales Sociedades, porque el vicio brutal de la embriaguez no domina á nuestra sobria raza. Ya que la señora Lowell lleva la cuenta de los que en España no saben leer, que lleve la de los *aguados*, y le mandaremos uno para enseñarlo allá por dinero. Quizás en aquellas tierras resulte un fenómeno tan estupendo como Rama-Sama ó el gigante aragonés.

Aunque le parezca mentira á la señora Lowell, el no saber leer ni escribir no pone ni quita á la barbarie en las clases populares. El cerebro se desarrolla — quién lo duda — con la lectura, pero es con la lectura como estudio y fuente de conocimiento, no como ejercicio material análogo á la máquina de contar de los chinos. Y en cambio, el alcohol ejerce siempre acción tan depresiva sobre el órgano del pensamiento é influye tan desastrosamente en la herencia intelectual, que los pueblos bebedores de agua tienen un 100 por 100 de probabilidades más de producir individuos superiores, disminuyendo á la vez el número de los locos y la criminalidad.

\* \*

Nada más cómodo, en verdad, que filosofías históricas del género de la que gasta la señora Lowell.

Juzgar á una gran nación, en conjunto y sin examen, por alguna de sus costumbres, tradiciones ó fiestas favoritas, es un método de sencillez primigenia, y un descanso para el meollo, que nunca estimaremos lo bastante. En la bonita zarzuela *Pan y toros* oye un viajante francés hablar de *los rubios del bicho*, y apunta en su cartera: «Todos los bichos ser rubios, y ser grandes como vacas.» Algo no menos cómico que la apuntación del francés es la aseveración de la señora Lowell de que, por las corridas de toros, nuestro pueblo se aficiona cada día más al asesinato.

Créame la señora Lowell, que habla de los toros como podría yo hablar del trato que se da en Norte América á los indios Sioux (acerca de los cuales he oído que son exterminados sin piedad): yo he asistido á bastantes corridas de toros, y ni á la entrada, ni durante la función, ni á la salida, he visto, no digo asesinatos, ni un mal navajazo siquiera. *Broncas y culbras* en los tendidos sí las hay, pero eso es la sal en el agua: duran un minuto y paran en risa — y ya casi ni eso va habiendo. — ¿Sabe la señora Lowell dónde con más frecuencia se cometen crímenes en España? A la salida de las tabernas; porque como jamás toda una nación practica determinada virtud, también aquí se conocen devotos de ese dios Baco, contra quien la señora Lowell ha creído necesario formar una *Liga universal de mujeres cristianas*. Por algo decimos que

sobrevino una pendencia.

En esto pensaba yo al contemplar el animadísimo espectáculo que presentaba la plaza de Madrid el día de la corrida de Beneficencia, con tanto afán esperada y con tanto alborozo acogida por el público, deseoso de aplaudir á Rafael II, el torero de las filigranas y de las monerías. Vea la señora Lowell como ni es tan fiero el león, ni el espectáculo taurino tan bárbaro.

Si en esas luchas á mojonos y *morrás* que se gastan por la tierra de la señora Lowell, lo que aprecia el respetable senado es el reajo, el hercúleo vigor necesario para descuadernar una mandíbula ó abollar un cráneo de un golpe, en nuestros toros lo que se aplaude y jalea principalmente es la delicadeza, la habilidad, el arte, la agilidad y la gracia, unidas á la serenidad que puede conjurar y dominar el peligro.

En las riñas á puñetazos, el espectador grita ¡*Hurrah!* cuando el hombre le salta un ojo al hombre; en los toros se aclama al torero con mayor entusiasmo cuando, arriesgando la propia vida, salva la ajena — muchas veces la del afortunado rival, quizás la del enemigo. — En esos momentos la fiesta nacional adquiere un carácter que no vacilo en calificar de noble é hidalgo. ¿Qué es ver á un hombre caído, inerte, á la fiera lanzándose contra él, despidiendo ardiente resoplido, bajando el testuz para embestir, y á otro hombre, vestido de seda y hecho un ascua de oro, tranquilo, sonriente, manejando con desembarazo la airosa capa, y de un solo jugueteo de ese trapo bonito, de ese débil escudo de tela, desviando al terrible animal, y salvando una existencia? ¿Pues qué, cuando para conseguir el mismo fin, para proteger al compañero que yace allí á merced del bruto irritado, el torero se agarra con ambas manos á la cola del toro, y le sujeta y clava al suelo, mientras el derribado se levanta y huye? Revuélvese la fiera mugiendo, queriendo desasirse; pero las vigorosas tenazas que lo sujetan no sueltan la presa, aunque ya el burlador busca la manera de salir, ligero y triunfante, dejando atónito al animal. El día de la corrida de Beneficencia, alguien recordó, en el palco que yo ocupaba, una proeza de *Guerrita*. Tuvo este diestro el refinado capricho de torear vestido de blanco, y el aristocrático empeño, que casi puede llamarse femenino, de sacar el traje sin una salpicadura de sangre, sin una mancha. Bien se comprende cuánta serenidad, qué valor frío supone tal cuidado, tal preocupación de coquetería y de limpieza, cuando el toro amenaza la vida y hay que evitar la horrenda caricia de sus agudos cuernos. Pues bien: *Guerrita* se vió aquel día en el caso de colear á un toro para impedir que fuese recogido y destrozado un picador. Y el traje, la rica chaquetilla blanca abrumada de pasamanos de plata, el fino calzón, la faja de seda, la pechera, todo salió cual la nieve, igual que al entrar el diestro en el redondel. No sé cómo le haría yo comprender á la señora Lowell que esto me parece, en vez de barbarie, helenismo.

\* \*

Repito que el público español en ningún espectáculo es más intransigente con la barbarie que en la plaza de toros. Lejos de complacerse, como afecta creer la señora Lowell (la que trata de verdugos á

nuestros generales), en el tormento de los caballos, protesta indignado si después de gravemente heridos, por *aprovecharlos* se les quiere volver á hacer entrar en lidia. Las picas profundas y que despedazan al toro, los pinchazos inútiles, exasperan violentamente á la multitud. Si admite todos los elementos dramáticos indispensables para la función, no quiere ver ninguna crueldad inútil, ninguna mortificación que no sea estrictamente impuesta por la naturaleza de la lidia.

Esto lo he observado mil veces. Los toreros que se arriesgan á tontas y á locas, creyendo sustituir la destreza con el valor ciego y temerario, reciben mil muestras de desagrado, insultos mezclados con advertencias.

Una de las condiciones en que el diestro *Guerrita* ha basado su celebridad, es la de poseer suficiente maestría para ejecutar todas las suertes del toreo, acompañadas de muchos adornos y perfiles delicadísimos, infundiendo en el ánimo del espectador la convicción de que no será cogido, de que burlará á la fiera. La alegría que infunde la presencia del maestro, á eso se debe en gran parte. Admiramos su destreza y no tememos un trágico episodio. Le vemos retozar con el toro, halagarle el morro con la mano, echarle puñados de arena, deslumbrarle con su hábil quiebro, arrodillarse y esperarle impávido, parearle con las de á cuarta..., y estamos tranquilos, porque creemos que no peligrará una vida humana. Si fuésemos esos bárbaros sedientos de sangre, esa turba del *pollice verso* que pintan los amigos de nuestros enemigos de Cuba, estaríamos anhelando heridas y muertes, agonías y horrores... Aunque parezca paradoja, diré que aquí la gente sedienta de sangre son los adversarios de las corridas de toros (que no todos están en la América del Norte, pues en España hay infinitos). Estos creen que si cuantos toreros existiesen fuesen corneados de firme en un día, se acababa la fiesta... En efecto, el arbitrio parece seguro.

\* \*

Magnífico golpe de vista el de la plaza el día de la corrida de Beneficencia. No cabía, como suele decirse, ni un alfiler. En las localidades de sol, los millares de abanicos redondos imitaban bandadas de gigantescas mariposas cautivas, que aletean por recobrar la libertad. Un palco, en pleno sol, protegido por un toldo, lucía tres soberbios mantones de Manila fastuosamente colgados de la baranda, el uno verde pálido con extravagante flora roja, el otro negro recamado de blanquísimos floripones, el otro blanco, con rosas de su color y grandes pajarracos verdes y azules; y estos espléndidos trapos de Oriente eran como el pregón de las buenas mozas que adornaban la delantera, peinadas de moño alto, cargada la cabeza de aromosos claveles, con todo el trapío y la bizarría de las chulas madrileñas. Aquel palco tentaba la paleta de un colorista. En la zona de sombra abundaba el género fino, lo más encopetado del señorío de la corte, las damiselas de mantilla blanca ó negra con peinetas y grupos de flor natural, los sombreros enormes y atrevidos, aureolados de nubes de tul, que es la gran moda de este año. A la barrera no se atrevieron á ir las aficionadas, aun cuando se anunció que irían.

La luz y el color, el ruido y la animación mágica de este espectáculo, que Teófilo Gautier calificó de uno de los más bellos que puede imaginarse el hombre, son realmente más para vistos que para descritos.

Uno de sus grandes atractivos, para mí, es que pase al aire libre. El teatro actual, cautivo en recintos cerrados (no lo entendían así los griegos), me agobia por lo impuro y viciado del ambiente. El sol, la brisa viva y juguetona, el ligero zumbar de los tendidos, el azul del cielo, tanto colorido, tan inmenso concurso, hacen de la fiesta de toros algo que no se parece á ninguna otra fiesta.

No fué esta corrida de Beneficencia, con todo su aparato, de las mejores: la inferioridad del ganado deslució á Rafael, y si el panorama de la plaza era soberbio, la lidia transcurrió lánguida y sin brío. Es imposible pronosticar, aun conociendo la procedencia de los toros y las condiciones de los lidiadores, lo que será una corrida. El azúcar y las claras, en punto, y el merengue, malo, se pudo decir en la de Beneficencia. Otra sorpresa: un diestro sin aureola, que no sé si por modestia lleva con diminutivo un nombre ilustre en los anales de la tauromaquia, fué el que cosechó palmas y laureles. Hablo de *Lagartijillo*, cuyas dos estocadas fueron las de la tarde. Al oírse aclamar, el torero bajó la cabeza, serio y confuso, y dió la vuelta á la barrera, más bien triste que regocijado.

EMILIA PARDO BAZÁN



## LOS MILAGROS DE SAN ANTONIO DE PADUA

23 de junio de 1446

Celeberrimos bajos relieves de la basílica de San Antonio, en Padua, ejecutados por Donatello

Con la estatua de David, conocida por el *Zuccone*, son estos bajos relieves de la basílica de San Antonio en Padua las obras de arte que como obras maestras de indiscutible mérito, así reconocido por el mundo artístico, produjo el precursor de Miguel Ángel.

Ya al ocuparme en otra *efeméride* del insigne escultor Donatello, hice un breve estudio del valor e importancia que en la estatuaria italiana, especialmente en la florentina, alcanzó la obra del autor de la efigie ecuestre de Gattamelata; mas á pesar de eso, creo oportuno en la ocasión presente completar en lo posible aquel somerísimo estudio, pues del conocimiento del rumbo del arte al finalizar el siglo XIV puede deducirse en parte el valor inmenso de la obra de Donatello y venir á la cuenta del por qué los bajos relieves de que voy á ocuparme en esta *efeméride* están considerados como obras inmortales.

\* \*

Los hermanos Juan y Nicolás de Pisa, Ghiberti y Donatello son las cuatro personalidades más salientes que cuenta el Renacimiento entre sus precursores. Hasta ellos el arte pudo llamarse realmente cristiano, por cuanto la forma estaba supeditada al concepto que de la vida y su genuina expresión por medio de la interpretación de la naturaleza tenía el cristianismo, aun en países en los cuales la levadura pagana, como hace constar Taine hablando de Italia, se mostraba claramente en las costumbres y en las aficiones.

Los llamados *trecentisti* y *quattrocentisti*, de los cuales tantas y tan buenas obras pictóricas y escultóricas existen en la patria de Dante (hablo tan sólo del arte en Italia), no habían columbrado la necesidad de aunar á los idealismos y exaltaciones espirituales, á la belleza del sujeto, la belleza de la forma, tomándola de la realidad. Así pues, en el último tercio del siglo XIV los papas apoyan á los Gozzoli, á los Pinturicchio, á otros más que sostienen la bandera del arte asceta, y por lo tanto hierático, sin movimiento alguno que indique la existencia de pasiones, de dolores, de nada que fuese otra cosa que la vida contemplativa; á su vez los Médicis otorgan decidida protección á los que como Massaccio, Mantegna, Ghiberti, Donatello y otros varios artistas, tratan de dar vida á las figuras, imprimiéndoles movimiento, copiando directamente del natural, inspirándose en la naturaleza.

Mas no fué inmediato el tránsito del hieratismo, de la absoluta sujeción de las manifestaciones pic-

tóricas y escultóricas dentro del más puro idealismo cristiano, á la libertad en el modo de expresar el mismo sentimiento místico, ni ese tránsito dejó de padecer tampoco graves extravíos. Todos sabemos que el beato fraile de Fiessole, el dulcísimo Fra Angélico, ponía mano en los pinceles cuando extenuado por las vigiliyas y las lecturas piadosas sufría aquellas alucinaciones que pueden considerarse como éxtasis, y en las cuales creía ver las imágenes vivas de la Virgen y de los ángeles: todos sabemos, porque el propio fraile artista lo relató con sencillez encantadora, cómo de buena fe creía que un ángel mientras él dormía, fatigado por no acertar á dar forma á la soñada cabeza de la Virgen, empuñaba el pincel y trazaba la faz de la Madre de Dios; y sabemos también que si estas figuras, las últimas que debía producir el arte cristiano en los últimos días de la Edad media, tienen tanto de ideales como están faltas de todo valor estético por lo que se refiere á la forma, en cambio Fra Filippo Lippi, lanzado por el camino del realismo, llegó hasta el materialismo, copiando exactamente las poco místicas cabezas de sus queridas para representar las de las Madonas que pintaba.

En este estado el arte, Donatello aparece como un justo medio, aun cuando rompiendo de frente con los prejuicios dogmáticos que cohibían en el artista todo movimiento de amor hacia la belleza de la materia.

Ayúdanle en el empeño realista Ghiberti y los hermanos de Pisa, llevando especialmente al bajo relieve la impresión directa de la realidad que les producía la naturaleza. Pero más grande que estos mismos colegas, Donatello estudia en los artistas paganos el modo de interpretar el natural, y más que eso el exquisito gusto y la sencillez con que lo interpretaban. Y al hacer tales estudios y al volver los ojos al hombre vivo, resuelve de plano una cuestión estética de primera magnitud, la de la independencia del arte escultórico, arte hasta él considerado tan sólo como decorativa del monumento arquitectónico.

\* \*

Pertencen los célebres relieves á que se refiere esta *efeméride* al último estilo del artista. Contaba éste cuando dió comienzo á dichos trabajos más de cincuenta años. Como digo más arriba, el 23 de junio de 1446 se puso á la obra de los relieves y pocos días después á la de las estatuas, destinadas también á la basílica de San Francisco de Asís y de San Luis.

Gran número de discípulos le ayudaban en tanta y tan varia labor, que modeló entera por su mano. Pagósele á razón de ochenta y cinco ducados de oro cada uno de los bajos relieves, en total ocho, y que forman la decorativa del altar mayor.

Entre los más notables cuéntanse los que representan los célebres milagros realizados por San Antonio

resucitando á un niño y descubriendo lo que encerraba el corazón de un avaro. Para mí el más patético es el primero: Donatello hizo un cuadro escultórico, lleno de verdad, de realismo y admirablemente compuesto. Sabido es el motivo por que el *Santo*, como le llaman en Padua aún hoy, hizo el milagro de resucitar á un niño. Habíase cometido un asesinato, y primero la voz popular y después la misma justicia hubieron de creer que el padre del Santo era el matador. Sujeto á la tortura, y cuando en vista de que el presunto asesino seguía protestando de su inocencia iban á condenarle á muerte, Antonio propuso un testigo; y ese testigo era un niño, único que presenciara el asesinato. Tomaron los jueces como cosa de loco la proposición del santo fraile, pues el niño había fallecido ya. Sin embargo, teniendo en cuenta el justísimo deseo de Antonio de salvar al autor de sus días y además las virtudes que le adornaban, accedieron los jueces á los deseos del fraile. Ante éstos y el pueblo de Padua en masa, que se agolpaba para presenciar tan extraño acontecimiento, el Santo devuelve á la vida al infante, y conjurándole para que diga quién era el matador, con voz clara, que oyeron los testigos de aquel inaudito prodigio, relata el niño el hecho y dice el nombre del asesino. De este modo salvó el Santo de Padua la vida de su padre.

El otro bajo relieve representa á San Antonio, que había asistido á los últimos momentos de un famoso avaro, tratando en vano de conseguir de aquel hombre *in articulo mortis* lo que en vano tratara de conseguir en vida, que socorriera con largueza á los necesitados; representa, digo, á San Antonio enseñando al pueblo el corazón del muerto, convertido en una piedra. En ambas obras Donatello se muestra realista, hasta rayar en alguna parte con el naturalismo, mas imprimiendo á las figuras actitudes llenas de verdad y naturalidad y á los rostros expresiones tan justas de asombro, de curiosidad, de terror, que causan maravilla. Contrastando con éstos, en varios de los otros relieves se advierte la gracia, la delicadeza (sin apartarse de lo real nunca), con que sabía interpretar las escenas y las figuras infantiles. Conócense dichos bajos relieves por los de los *niños músicos*. ¿Quién no recuerda aquellos primorosos cuadros llenos de vida, de tanta vida y movimiento, que en fuerza de mirarlos llega á creerse que cantan y tocan los diminutos coristas y músicos? Ningún escultor logró, después de Donatello, alcanzar la *morbidez* que éste supo dar á aquellas cabecitas, en las cuales rebosan la alegría y la inocencia. Al presente los *niños cantores* de Donatello son copiados por estatuarios y artistas del pincel, siempre que quieren representar la infancia. El célebre escultor fué el único que supo encontrar en el rostro y en el cuerpo de los niños ese algo, mitad humano, mitad divino, que nos obliga á creer en los ángeles y á pensar en la humanidad.

R. Balsa de la Vega

## EXPOSICIÓN

DE BELLAS ARTES É INDUSTRIAS ARTÍSTICAS DE BARCELONA

## III

Si armónica resulta la sección de pintura de la actual Exposición de Bellas Artes por la relación que entre las obras expuestas se establece, no dejan éstas de ofrecer variados aspectos, cual acontece con todas las manifestaciones de la inteligencia, ya por el concepto que entrañan ó por las reglas y procedimientos á que se ajustan. Muestra de ello son las copias de las producciones que figuran en estas páginas, expresión de los ideales que sus autores persiguen, de las tendencias que informan sus creaciones y de las escuelas en que militan.

Dos lienzos, altamente recomendables, representan la escuela ruralista que en nuestra región tuvo por origen la escuela olotense, á la que dió vida y alientos el malogrado Vayreda. Nos referimos al cuadro de Juan Llimona *Volviendo del terruño* y al de Laureano Barrau titulado *La tierra*. Éste resulta quizás más humano que el primero, teniendo uno y otro como objetivo artístico la representación del trabajo, en su aspecto más rudo y penoso, aquel que más puede recordarnos la dura ley que nos impone la obligación de obtener, á costa del sudor de nuestra frente, las ventajas que nos reporta. Sin embargo, y en ello entendemos que estriba el concepto que se propusieron desarrollar los Sres. Barrau y Llimona, resultan ambas producciones así como la glorificación del deber cumplido, de la realización de un hecho que enaltece y eleva. Y así habrá ocurrido, pues no otra cosa demuestra el grupo del cuadro de Llimona, constituido por el anciano labrador y sus dos hijos, que apoyados unos en otros elevan su plegaria al Todopoderoso, al regresar al hogar después de penosa jornada. En esta obra, cual en todas las de Llimona, revélase el sentimiento, la delicadeza y la elevación de espíritu.

No es *La primavera* de Dionisio Baixeras una de sus más notables producciones, pero aun así es digna de su pincel y acredita su valía. En la primavera de la vida hállase la amorosa pareja, que tan inteligentemente observada ha sido por el pintor catalán, quien nos ofrece un precioso cuadro de costumbres de la gente de mar de nuestras costas.

*La Novia!*, de J. Miralles Darmanín, es un digno representante de la escuela española, pintado con inteligencia y acierto, y con toda la rica y brillante gama que se amasa en la paleta del discreto pintor valenciano, quien logra en este lienzo, cual en el *Taller de tapices*, que figura en nuestro Museo municipal, dar igual valor y verdad á las figuras que á los pormenores que en la composición se reproducen. En igual caso hállase *La primavera de la vida*, de Alfredo Souto, en el que todo merece aplauso, ya que resulta tan admirablemente pintada la figura de la garri-da aldeana, como el paisaje que le sirve de escenario y fondo.

Verdadero esfuerzo, admirable resultado, es el que representa *El retrato de mi mujer*, obra de José Villegas, quien ha tratado de vencer las dificultades que había de ofrecerle pintar un retrato cuya figura ejecutada con tonos blancos, destacase sobre fondos también blancos. No en balde ha alcanzado Villegas fama de meritísimo y su nombre constituye una gloria del arte español contemporáneo.

En *Una melodía de Schubert* preséntase Francisco Masriera, como siempre, distinguido, elegante, agradable. No es posible lograr mayor fidelidad que la alcanzada en la reproducción de las telas de los vestidos de las aristocráticas damas que reunidas en rico salón deléitanse oyendo ejecutar en el piano una composición del inspirado maestro. Todo en el lienzo del Sr. Masriera resulta bello, y tal había de ser, pues de lo contrario hubiera renunciado á su reconocido buen gusto y á sus indiscutibles cualidades de habilísimo colorista.

*La colecta para un herido*, de Francisco Miralles, revela un noble propósito, merecedor de encomio, cual es, sin renunciar á la elegancia de la factura y á la riqueza de las entonaciones por él empleadas, la representación de una escena popular, en la que honrados obreros tratan de remediar las desgracias que afligen á un compañero.

Altamente sugestivo es el cuadro del distinguido pintor italiano Angelo dall' Oca Bianca. Sus *Hojas*

*caídas* impresionan de modo intenso, pues no cabe mayor acierto en la exposición de un asunto asaz difícil, cual es la representación de un conjunto de dramas de la vida real, ya que no otra cosa significan los grupos de ancianos asilados, por entre los que atraviesa, entregada tal vez á sus recuerdos, la bella y sentida figura de la hermana de la Caridad. Todo guarda inteligente relación en el cuadro del pintor paduano. La tonalidad, entera y vigorosa, un



Primavera de la vida, cuadro de Alfredo Souto  
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

tanto rojiza, armoniza y contribuye á explicar la idea. Es, á nuestro juicio, así por el concepto que entraña como por su hábil ejecución, la obra magistral del concurso.

La preciosa rubita de Feliu D'Lemus es descendiente directa de la *Mary* que figuró en la anterior Exposición, y como aquélla, pregona las envidiables aptitudes de este joven pintor, á quien cabe ya la gloria de haber alcanzado señalados triunfos en la capital de la vecina nación.

El proyecto ó modelo de vidriera en colores representando *La jura de los fueros de Guipúzcoa por Alfonso VIII*, propiedad de la Diputación de aquella provincia, atestigua las variadas disposiciones del pintor José Echeña, que á pesar de vivir hace años en extranjero suelo, dedica á su patria los productos de su ingenio, tratando con seriedad asuntos de carácter histórico de la tierra española.

El grupo escultórico *La edad de piedra*, de José Campeny, ha de estimarse como galana muestra de su adelanto. La actitud del hombre primitivo luchando á brazo partido con el oso, es muy acertada, expresa el esfuerzo muscular y la violencia, resultando el modelado amplio, justo y preciso.

De opuesto carácter es la sentida estatua de Manuel Garnelo, titulada *¿Volverá?*, cuya ejecución, ver-

daderamente recomendable, realizada con grandiosidad y amplitud, nos da á conocer las cualidades que atesora el novel escultor, á quien el porvenir reserva iguales recompensas que á su hermano José, el laureado autor del lienzo *La madre de los Gracos*.

*La leona con sus cachorros*, de Agapito Vallmitjana Abarca, es una nueva y feliz producción, que unida á las anteriores, justifica los reconocidos méritos de este artista, que tanto ha logrado distinguirse en el especial género á que se ha dedicado. Vivo está todavía el recuerdo de algunas de sus obras, que, como *El cazador de leones*, tanto llamaron la atención de los inteligentes. En todas se ha presentado vigoroso y elegante, cual si las saludables enseñanzas de su padre y maestro se confundieran con las modernas corrientes y conceptos que informan todas las creaciones.

Al publicar en los sucesivos números nuevas reproducciones de obras que en la Exposición figuran, emitiremos el juicio que cada una de ellas nos ha merecido.

A. GARCÍA LLANSÓ

## D. GASPAR DE YELVES

TRADICIÓN SEVILLANA

## I

En la esquina de la calle del Alfaqueque, frontera á los altos muros de la iglesia parroquial de San Vicente, hubo en Sevilla, en los últimos años ya del siglo décimoséptimo, un grande y destartado caserón con honores de señorial palacio, cuyas puertas, siempre cerradas, delataban á tiro de ballesta la soledad y el misterio de sus habitantes, que á la sazón, ó sea en el curso del año de 1705, no eran á juicio de los vecinos de la calle más que duendes, trasgos y vestiglos, por cuya causa todo transeunte al pasar frente á ella santiguábase y apretaba el paso, temeroso de ser víctima de las asechanzas de sus endiablados moradores, que constantemente tenían en jaque á los demás de la calle, ya por los espeluznantes ruidos que en medio de la noche se producían dentro de sus muros, como crujir de cadenas, ayes angustiosos, rechinchamientos extraños, ó bien siniestros estrépitos, como si techumbres enteras se desplomasen, ó á los sordos golpes de picos y palanquetas se derrumbaran arquerías, ó viniesen por tierra sus robustos muros interiores. Y tanto más ciertos parecían estos efectos, cuanto que al sentirse los espantosos ruidos, el edificio aparecía durante algún tiempo envuelto en una densa nube de polvo, que escapaba por los intersticios de las desvencijadas puertas y ventanas, por los tragaluces de los zaguamies y por cuantos respiraderos tenía aquella fatídica morada. Quiénes decían que ciertas almas en pena purgaban allí sus culpas, condenadas á derribar por la noche lo que durante el día construían; afirmábase por otros que los duendes, espíritus *trasteadores* de condición, según afirma el P. fray Juan de Fuente la Peña, se solazaban derribando muebles y haciéndolos trizas, para lo cual, después de subirlos á las azoteas, desde ellas los arrojaban al jardín, donde en confuso montón iban hacinando bufetes y cornucopias, armarios y sillerías, tapices y colgaduras, vajillas, armas, ropas y cuanto hallaban á las manos, con todo lo cual formaban una gran hoguera y á su rededor bailaban chaconas y zarabandas aquellos malditos huéspedes.

Durante algunas, si bien cortas, temporadas, no se oían los estrépitos, sucediéndose el más profundo silencio, y entonces no faltó quien asegurase que á través de los pocos vidrios que quedaban en las ventanas había visto cruzar una forma blanca, como de mujer, envuelta en amplio ropaje, que cruzaba vertiginosamente y corría desalentada por aquellos grandes salones.

Tantas fueron las instancias de los vecinos, que la justicia vióse obligada á tomar cartas en el asunto, y su merced el señor alcalde mayor D. Juan Fernández de Aldegiela con algunos alguaciles de los *Veinte*, penetraron un día resueltos á todo en la misteriosa casa, y registrándola de alto á bajo hasta en sus más escondidos aposentos, nada hallaron que demostrase la exactitud de las versiones de los vecinos, ni tampoco tropezaron con cosa que les indicase las causas de aquellos espantos.

Por doquiera veíanse las señales del abandono, las



Retrato de mi mujer, cuadro de J. Villegas



La jura de los fueros por Alfonso VIII, proyecto ó modelo de vidriera en colores, por José Echena



Blondinette, cuadro de Manuel Feliu D' Lemus

telarañas formaban grandes pabellones en los ángulos de las cámaras ó pendían de los ricos artesonados de los techos, el polvo obscurecía las yeserías de rocalla, adornos de cornisas y sobrehuecos; los cernícalos y murciélagos anidaban á su sabor en las alacenas, y los ratones y alimañas andaban por todas partes, como únicos señores del abandonado caserón. Dieron por terminada la visita, y cerradas y selladas las puertas, marcháronse todos satisfechos de su valor y bizarría.

Podrá suponerse que después de la anterior diligencia todo quedó tranquilo; mas no fué así, porque los malos espíritus, obstinados en no dejar en paz á

los vecinos, produjeron desde entonces mayores espantos y diabluras que atemorizaban á los más valientes. Sobre el entablamento de la portada, sostenido por robustas columnas, corría un gran balcón, cuyo vano veíase rematado por un escudo envuelto en hojarasca y lambrequines, esculpido en el fondo de un frontón que figuraban sostener dos tenantes con sus mazas en las manos. Aseguraban muchos haber visto que por filo de la media noche abríanse silenciosamente las puertas del balcón, y por ellas salía un enjambre de pequeños seres, unos con forma humana y otros monstruosos, alados, de formas híbridas, viejecillos con luengas y blanquísimas barbas

cubiertos con rojos y negros capuces, todos los cuales deslizábanse á lo largo de las cornisas ó corrían veloces por cima de las molduras, trepaban por los lambrequines del escudo, ó colocándose á horcajadas sobre los hombros de los tenantes, brincaban á las ventanas con singular agilidad, y desde ellas subían veloces por las aristas de la torre parroquial, y encaramándose hasta las campanas, asidos á los badajos, balanceábanse pendientes de ellos, formando con sus estridentes chillidos la más extraña algarabía. Vióseles otras veces andar por los tejados en forma de lúgubre comitiva, llevando ensartada en el extremo de una pica la cabeza de un ajusticiado.



¡La novia!.. ¡La novia!, cuadro de J. Miralles Darmanin

(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

Con tales relatos, fácil es de suponer que las casas inmediatas se despoblaron, que las mismas rondas esquivaban su paso por la calle, y que en ella y en las abandonadas viviendas crecían á su sabor enormes matas de jaramagos, ortigas y avena silvestre, dando un aspecto sombrío y tenebroso á aquella parte de la calle.

## II

Por los años de 1695 regía el que fué poderoso cetro de España la menguada majestad de D. Carlos II, y en dicha fecha llegó á establecerse en Sevilla el capitán D. Gaspar de Yelves con su gentil y discreta esposa doña Antonia Fal-



Volviendo del terruño, cuadro de Juan Llimona  
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

cón, ambos de ilustre prosapia, cortesés en extremo, en quienes emulaban la bazaría con la amenidad del trato. Frisaba él en los 55 y á su aspecto grave prestaban mayor respeto y consideración los honrosos antecedentes de que venía precedido; pues bien presto supóse en la ciudad que D. Gaspar trajo para el Asistente y para otros muy calificados sujetos cartas del cardenal Portocarrero, del duque de Montalto, privado del monarca, y de algunos magnates que gozaban de gran predicamento en la corte. Súpose también que tales muestras de aprecio las había conquistado por su valor en las campañas de Cataluña y los Países Bajos, especialmente en la desventurada, si bien heroica defensa de Mons, en cuya jornada recibió una herida de mosquete en la mejilla derecha, que á todos mostraba con el orgullo propio de un bravo y pundonoroso militar.

Uníanse á estas dotes otras muy excelentes que pronto atrajéronle el respeto y la consideración de sus convecinos, pues con gran largueza socorría á los menesterosos, y siempre víosele acudir con sus ducados á las necesidades del culto, dando muestras de su gran fervor y de su piedad. Asistía en el Santo Rosario, visitaba á los presos de las cárceles y con frecuencia se le encontraba acompañado de varones señaladísimos en virtud, de los señores Inquisidores, Padres de la Compañía y religiosos de las distintas órdenes. En cuanto á doña Antonia su esposa, gozaba de igual prestigio, y su talento y hermosura pronto le abrieron paso entre las damas de la más esclarecida nobleza, siendo su casa frecuentada por los linajes principales de Sevilla.

Una vez llegados á ella, adquirieron por compra la gran casa esquina á la calle del Alfaqueque, y al siguiente año celebráronse fiestas y saraos en aquellos salones, ataviados con gran riqueza, pero con la severidad acomodada al carácter de sus dueños. Paños de Utrecht y de Bruselas, espejos de Francia con resesadas rocallas y toda la balumba de hojarascas, según la moda á la sazón dominante en la corte transpirenaica; lujosos aparadores en que lucían las vajillas de plata trabajada á martillo; grandes lienzos, unos con retratos de sus antepasados de cuerpo entero, y otros con asuntos religiosos debidos á los pinceles de los más ilustres maestros españoles; armarios, bufetes y gavetas con ricas incrustaciones; colgaduras de damasco prensado, antiguos tapices de la Persia, arañas de cristal veneciano y otros mil objetos del mobiliario tan en boga entonces, trocaron bien pronto el frío aspecto de aquellas cámaras, convirtiéndolas en opulentas estancias, muy especialmente las noches destinadas á fiestas. Era de ver entonces cómo al resplandor de cientos de bujías y hachas de cera brillaban las sederías y terciopelos, las doradas molduras, la plata de los aparadores, el cristal de las arañas, riquezas que venían á servir de fondo á las más apuestas y gentiles damas ricamente ataviadas con sus mantillos de tela azul y plata, sayas enteras de felpas ó rasos de colores, bordadas de sedas de matices, ó bien con adornos de talco y puntadas de mil diversas formas: habíalas con vagueros de raso blanco, azules ó cabellados, de chamelote, con torzaes rojos bordados, blancas valonas, aderezos y bandas de diamantes, tocados de lazos con randas y otros peregrinos adornos; mientras que los caballeros, vestidos de rasos y terciopelos, ostentaban sobre sus pechos, ya las bermejas ó verdes insignias de las órdenes de Calatrava, Alcántara ó Santiago, ya ricas cadenas de las que pendían veneras del Santo Oficio con traslúcidos esmaltes, ó ya por último deslumbrantes botonaduras de pedrerías, magníficas espadas, cuyas guarniciones, por la delicadeza de sus calados, emulaban con los finísimos encajes flamencos de sus cuellos y vuelillos.

Lacayos y servidores con suntuosas libreas, pajes y doncellas, preparaban las frutas, dulces, grajeas y aloja, que habían de servirse á los convidados, ó ya solícitos acudían á recoger los manteos de las damas y las capas de los caballeros, que sin cesar apeábanse de sus enormes carrozas en el portal de la casa, pues ya nadie recordaba en cuanto á aquéllas el acuerdo de la ciudad del año 1683 prohibiendo su uso, ni tampoco la doctrina del licenciado Luis Brochero, que dijo: «eran instrumentos de liviandades, y que servían para ofuscar la razón y la inteligencia, añadiendo que no convenía que los jueces y magistrados anduviesen siempre en coche, por ser vso indecente á los que profesaban las ciencias.»

No sería, pues, extraño haber visto en alguno de aquellos saraos grupos de tertuliantes, formados por sus señorías los señores marqueses de Vallehermoso, Asistente, y el de Villa Alegre; los condes de Casa Gadea y el de la Mejorada, Procurador Mayor de la ciudad, D. Jerónimo Ortiz de Sandoval, quienes departían con las señoras condesas de Valdeláguila y de la Moraleda y con dos muy discretas damas, ambas viudas, doña Ana Catalina de la Parra y doña Juana Teresa de la Peña, que lo eran respectivamente del Veinticuatro D. Diego Muñoz de Dueñas y del capitán D. Joseph de San Martín.

En tanto que los dos primeros personajes aventuraban juicios acerca de la campaña de Cataluña, cuya capital iba á ser sitiada por los franceses, y mientras enaltecían las prendas militares del virrey D. Francisco de Velasco y del conde de la Corzana, los demás contertulios complacíanse en recordar los rasgos de elocuencia de fray Alonso Martínez en su último sermón predicado en San Francisco, ó ya encubiertamente zaherían la conducta del entonces arzobispo de Sevilla D. Jaime de Palafox, que no obstante los mandatos pontificios resistíase á permitir la entrada de las danzas en la catedral, sin que de aquellas punzantes censuras se escapara la persona del cardenal Cassia, Nuncio á la sazón en España, pues según las últimas noticias, negaba haber recibido órdenes de Su Santidad en favor del Concejo sevillano, que con tanto empeño oponíase á los intentos del tenaz prelado.

Tal pudo ser, lector amigo, el animado conjunto que en los últimos años del siglo XVII ofreciera la morada de D. Gaspar de Yelves. Pocos años bastaron para cambiar su opulencia y esplendor por el abandono y la ruina que de ella llegó á enseñorearse, al punto que vimos en la primera parte de esta verídica historia.

## III

A la terminación del risueño valle del Lozoya, en un lugar agreste y sombrío, rodeado de montañas y dejando á las espaldas las amenas espesuras de San Ildefonso, llega el viajero fatigado á las puertas del que un día fué asilo de aus-



¿Volverá?, estatua de Manuel Garnelo y Alda  
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

teros monjes y padrón glorioso de nuestras artes, conocido con el título de Cartuja del Paular. Nada más melancólico que este paraje en que nuestro espíritu parece que se siente abrumado por el peso de la tristeza, en que el ambiente glacial que nos rodea penetra hasta el fondo de nuestras almas, y en el que la imponente soledad sólo es interrumpida por el monótono susurro de las hojas de las hayas y de los fresnos, por el chocar de las aguas de los torrentes en las negruzcas peñas que cubre aterciopelado musgo, por los graznidos de los buitres y de los cuervos, ó por la imponente salmodia de los monjes. Retiro en verdad para almas no templadas á lo humano, pero en el cual facilítase la comunicación de aquélla con su Dios, pues á no dudarlo, bajo las góticas arcadas del tem-

plo, á la medrosa luz de sus capillas, vagando entre los carcomidos y ornamentados sillares de los sepulcros, entre sus yacentes estatuas y sus ángeles orantes, y escuchando las plegarias que desde el tenebroso coro elevan los monjes á las



Primavera, cuadro de Dionisio Baixeras  
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

alturas, nos sentimos, por decirlo así, arrancados del mísero suelo y en alas de la fantasía volamos á lo infinito.

En una noche del mes de diciembre de 1698, entre los silbidos del huracán que desgajaba los árboles y de la lluvia que caía á torrentes, siete hombres, llevando del diestro sendas cabalgaduras, alumbrados por el fulgor de los relámpagos, que sin tregua se sucedían, bajaban uno en pos de otro por la falda de la Peñalara con rumbo al monasterio, envueltos en negras capas. Aquella siniestra comitiva marchaba silenciosamente, y sólo de vez en cuando escapábase de alguno una mal reprimida imprecación, un horrible voto ó blasfemia, bien al hallar ante su paso un imprevisto obstáculo, ó ya al sentir que sus pies resbalaban en dirección al precipicio. Caminando, pues, muy despacio, asidos á veces de las colas de los caballos, hicieron al fin alto al pie de los muros del monasterio, bajo el gran alero de la portería; y después de sacudir el agua que empapaba sus capas y los anchos fieltros con que se cubrían, oyóse una voz bronca diciendo:

— Por Barrabás, que de seguir así la noche, más temo al romadizo que he de coger, que á las justicias de Su Majestad.

— Mejor que mejor, dijo otro, que así andaremos más seguros.

— Vamos presto, murmuró un tercero, que los malos pasos deben andarse pronto.

— Adelante, pues, y que la suerte nos proteja.

Al oír este mandato de labios que para aquellas gentes debían ser autorizados, embozándose de nuevo, y después de atar las cabalgaduras á una reja de la portería y deslizando al pie de los muros de la capilla de los Reyes, llegaron hasta la hermosa portada que sirve de ingreso al gran patio: oyóse entonces extraño rechinar, y pocos instantes después el postigo cedía á la presión de las puntas de los puñales. El ruido incesante de la lluvia impedía que se escuchasen las pisadas de los siete hombres, que sin cuidarse del agua, atravesaron el patio, después otro interior y detuviéronse ante las puertas de la iglesia, cuyas hojas cedieron también á las de sus puñales; mientras tanto otros impacientes ó apocados dirigían su vista á lo alto de la portada, y fijándola en las severas estatuas de su archivolta y en el grupo escultural de la Virgen con el cadáver de Cristo en sus brazos, sentíanse atemorizados por el crimen, y á punto de retroceder cada vez que los relámpagos mostrábanles al pie del devoto grupo la frase:

*Videte si est dolor sicut dolor meus.*

Oyóse de pronto girar el postigo, y ante sus espantados ojos mostróse la profunda obscuridad del templo, y allá lejanas, dos lucecillas, las de las lámparas que alumbraban el retablo mayor.

El mismo hombre que momentos antes había ordenado á los otros que se pusiesen en marcha, dijo con voz ronca y segura:

— A los que de vosotros falten alientos, quédense de espías; los valientes vénganse conmigo.

Y penetró resuelto, seguido de cinco de sus compañeros.

La medrosa obscuridad de las capillas, alumbradas tan sólo por las débiles luces de las lámparas que ardían ante los altares; las negras sombras con que en los muros se proyectaban los fantásticos ornatos de las verjas que las cerraban, con sus bichas, flammeros y guirnalda del estilo plateresco; las niveas masas de mármol y alabastro y la grandiosa del retablo mayor; el aleteo de las lechuzas, que sorprendidas cruzaban los ámbitos del templo; el vivo fulgor de los relámpagos, el horrisono aliento del huracán y el retumbar del trueno en las cóncavas

arquerías, motivos más que suficientes eran para poner pavor al ánimo más es-

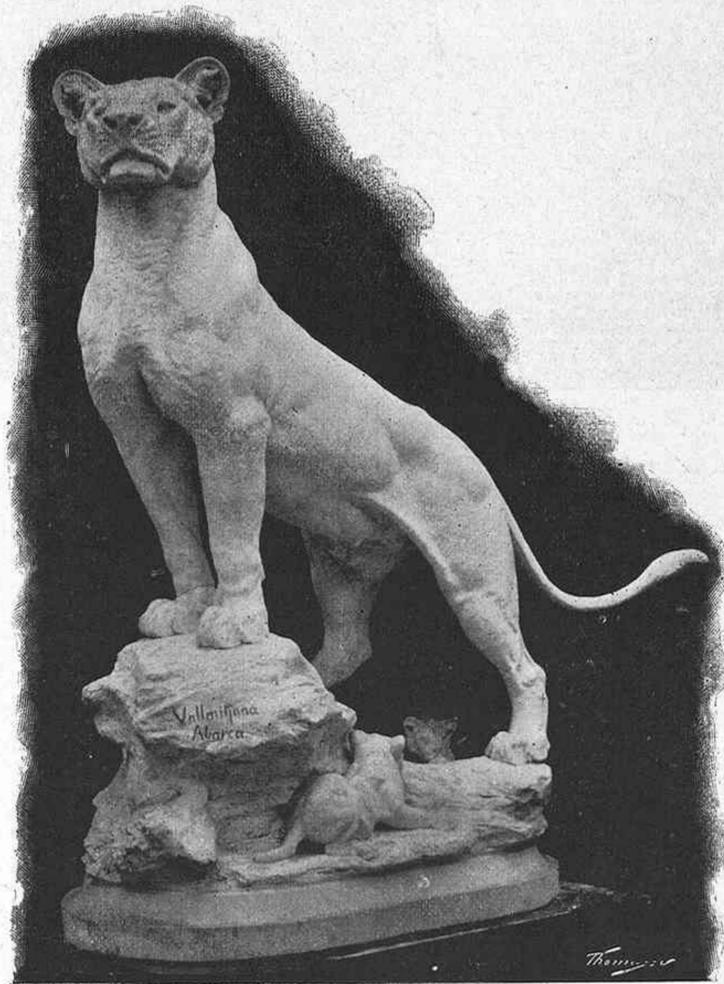
ro, ibanse acercando y tomando puestos, ora junto á la cárcel real, ora bajo los portales de la plaza de San Francisco, cuyos balcones todos veíanse preñados de espectadores hasta las mismas azoteas. Los pilluelos encaramándose por las

— No hay que dudar, hombre muerto no habla.

Si bien en un principio opúsose á él el que parecía capitán de la horda, pareció bien el consejo á todos, y una vez escondidos por parejas detrás de los pilares del claustro, en el acto de pasar los cenobitas, en un abrir y cerrar de ojos fueron sujetados por cuatro bandidos, que con sus puñales les arrancaron la vida.

Una vez en la portería, montaron en sus cabalgaduras y se perdieron entre las breñas de los montes vecinos.

Los crímenes que acababan de cometer en noche tan espantosa, tenían ate-



Leona con sus cachorros, escultura de Agapito Vallmitjana Abarca  
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

rorizada á la partida, y allá en el fondo de aquellos pervertidos corazones, los remordimientos de un lado y el temor á la justicia de otro hicieron enmudecer á los más; sin embargo, entre dos jinetes que llevaban la delantera de la partida cruzáronse estas frases:

— Ya lo ves, Zapata, cómo la empresa ha rematado.

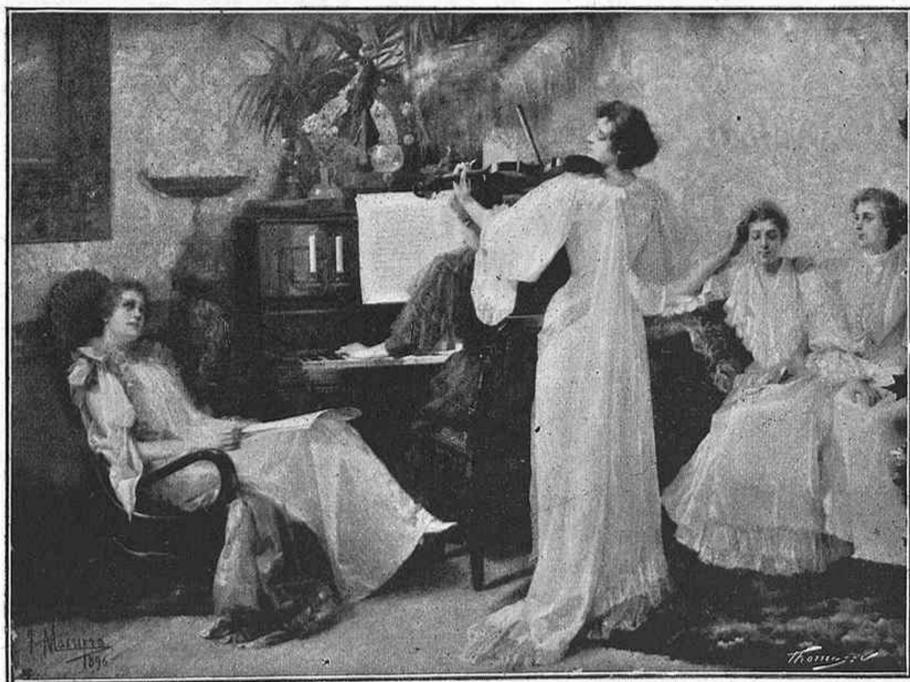
— Sí, capitán, pero mucho temo que escandalizada la comarca no nos den tiempo las justicias para ponernos á salvo; por lo cual soy de opinión que antes de llegar á Torrelaguna cada cual tome un derrotero, escondamos el tesoro y cuando la tierra se tranquilice podremos aprovecharlo.

— Bien lo dije antes de emprender la jornada; no sé por qué presiento que esta será la última de las nuestras.

— Grande es el compromiso; pero en fin, no hay que desmayar, y antes que entreguemos el alma á Dios ó al diablo, trabajillo les mando á alguaciles y á cuadrilleros.

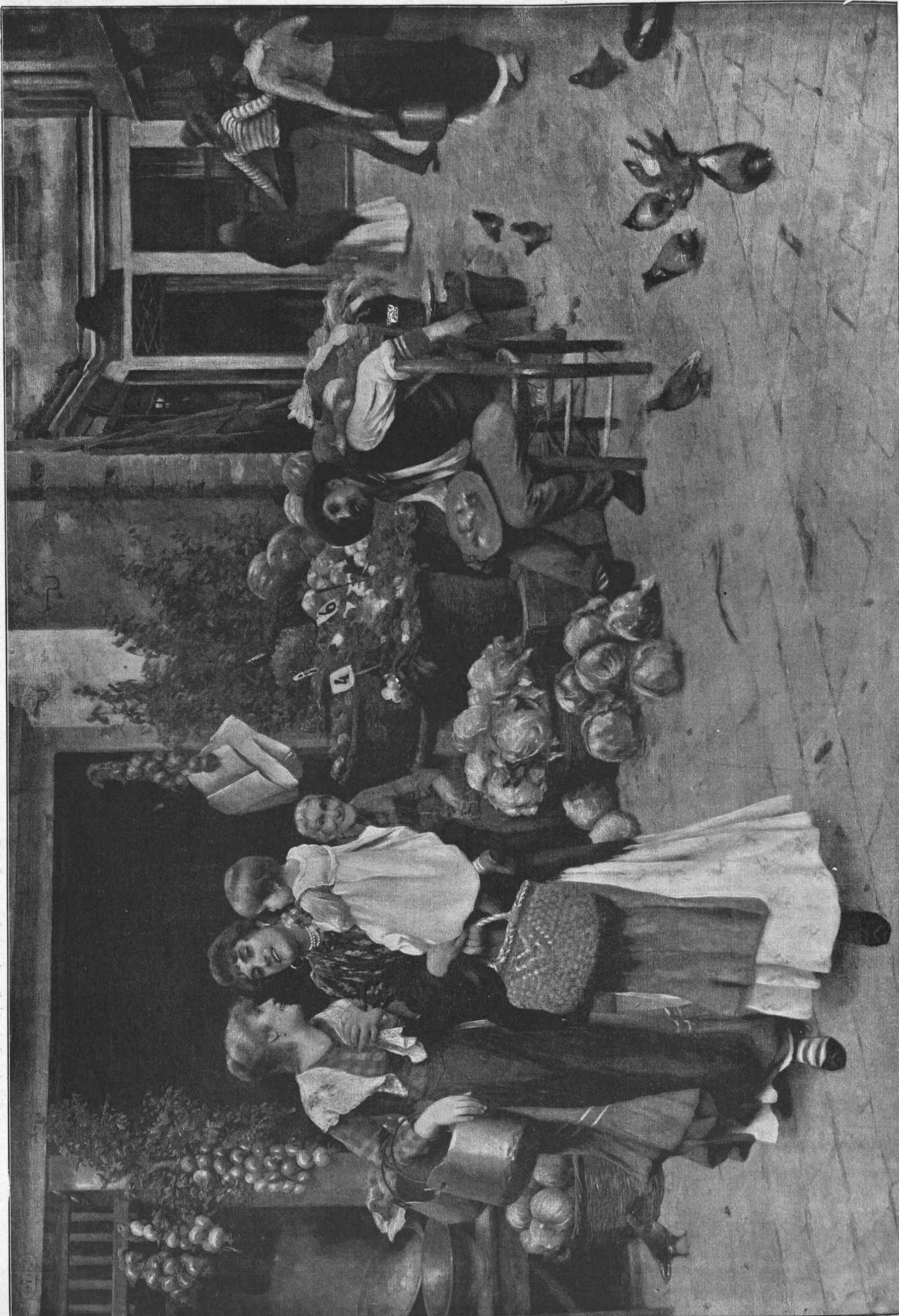
#### IV

Extraña animación notábase en el vecindario de Sevilla uno de los últimos días del mes de noviembre de 1698. De los barrios extremos afluía al centro de la ciudad por sus estrechas calles tropel de gentes de todas clases y condiciones, que con paso presuroso, anhelantes y con la inquietud y el desasosiego reflejado en sus

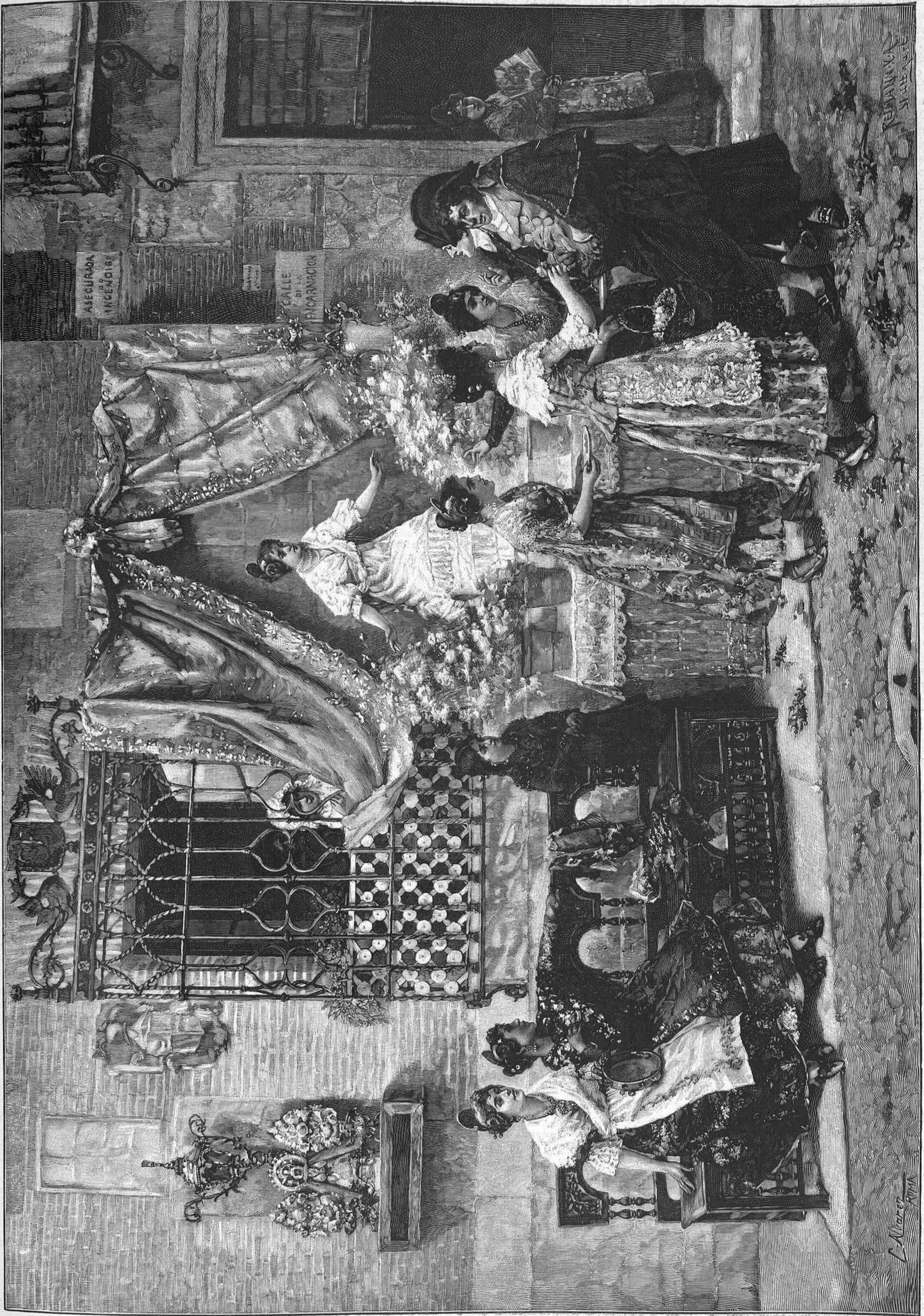


Una melodía de Schubert, cuadro de Francisco Masriera  
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

rostros, ibanse acercando y tomando puestos, ora junto á la cárcel real, ora bajo los portales de la plaza de San Francisco, cuyos balcones todos veíanse preñados de espectadores hasta las mismas azoteas. Los pilluelos encaramándose por las



ESCENA POPULAR VENECIANA, cuadro de G. Barisón



LA MAYA EN VALENCIA, cuadro de L. Alvarez

ventanas unos, y otros trepando á lo largo de las cornisas y sobre los pedestales de la Casa del Concejo, procurábanse sitio para presenciar el espectáculo que á las once de la mañana iba á verificarse, según de antemano habíase anunciado por pregones, y alrededor de los fatídicos tablados erigidos en el centro de la plaza, agolpábase inmensa muchedumbre, que no eran bastantes á contener ni las parejas de alguaciles de los Veinte, ni los soldados de la compañía del capitán D. Jaime Muñoz, hijo del Veinticuatro don Sancho.

Siete hombres iban á ser ajusticiados, y en todos los corrillos comentábase la construcción de los dos tablados, en uno de los cuales alzábase la horca, mientras que en el otro se veía una tosca silla de madera, y esta diferencia de suplicios excitaba las imaginaciones de la multitud, llevándolas á fantasear los más absurdos relatos.

Poco más de un mes había transcurrido desde que se supo en Sevilla la entrada de siete grandes delin-

aquel momento alzóse un murmullo general de la compacta muchedumbre, el asombro y la sorpresa retratóse en todos los rostros, y sordamente repercutió por los ámbitos de la gran plaza este nombre: «¡D. Gaspar de Yelves!» Al mismo tiempo, éste sacó de su pecho una cruz, y el verdugo, después de atarle las manos y de vendarle los ojos, hundióle rápidamente y por tres veces el cuchillo en la garganta, mientras que en la plaza reinaba el más imponente silencio.

Poco tiempo después, pendían de la horca seis cadáveres, y en la noche de aquel día los transeuntes que acertaron á pasar por la casa de D. Gaspar de Yelves apartaban los ojos con espanto de la esquina que daba á la calle de San Vicente.

Clavada en una escarpia veíase resaltar en la obscuridad la rígida cabeza de aquél, en torno de la cual revoloteaban las lechuzas y los cernícalos de la torre vecina.

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

NUESTROS GRABADOS

**Escena popular veneciana**, cuadro de G. Barison. — Lienzo lleno de vida y de color en que el pintor veneciano ha fotografiado con el pincel, permítasenos la expresión, una de las populares escenas de la ciudad de las lagunas. Venecianos son los tipos de esas hermosas y robustas mujeres, una de las cuales contesta con donaire las bromas y cuchufletas que al paso les dirige el ocurrente frutero; venecianos son los caracteres físicos de los hombres; venecianas las frutas, las palomas que tanto abundan y tan respetadas son en su vida libre en la antigua capital de los dux; veneciano el ambiente... No es, pues, de extrañar que este cuadro haya llamado la atención por su vigor, por el acierto de la composición, por su entonación agradable, y que haya confirmado una vez más el crédito que ha sabido conquistarse su aventajado autor.

**La Maya en Valencia**, cuadro de Luis Alvarez. — Añeja costumbre ha sido en muchas provincias de España celebrar de un modo característico la fiesta de la Invencción de la Santa Cruz. Si hoy esta fiesta, degenerada en sus manifestaciones, como otras tantas, ha quedado reducida á levantar en algún zaguán un simulacro de altar, cubierto de abigarrados adornos, en cuyo torno pululan los chiquillos presentando al transeunte platos ó bandejas para pedirle «un cuartito para la Cruz de Mayo», tiempo atrás constituía una animada fiesta de barrio, en la que cada uno de éstos elegía su reina, fijándose, como puede presumirse, en la más bella y garrida y cuando era posible en la de familia más acomodada, para que con su hermosura, sus gracias y sus preases ocupara dignamente el trono que junto al altar solía levantarse, mientras varias compañeras, no menos lindas que ella, solicitaban del transeunte alguna cantidad para engalanar el susodicho altar, de un modo tan insinuante y con tanto gracejo que no había medio de resistir á las postulantes. La elección de *Maya*, que tal era el nombre que se daba á la reina de la fiesta, era empeñada por la preeminencia que ésta ejercía durante ella. Tal es el asunto en que se ha inspirado el notable pintor D. Luis Alvarez para trazar ese cuadro tan español, tan ameno, tan impregnado de colorido local y tan bello, que cautiva, agrada y excita el aplauso de quien lo contempla.

**La campana de Hix**, cuadro de Santiago Rusiñol. — El cuadro que reproducimos corresponde á una de las fases ó evoluciones de la vida artística de este distinguido pintor catalán. En la época en que lo produjo, distinguíase por su propósito de identificarse con la realidad de la naturaleza, reproduciéndola en la tela á modo de potente objetivo de máquina fotográfica, con sus varios tonos, sus bellezas ó desencantos, copiando á la vez todos sus contrastes, si bien con marcada tendencia de hacer simpático lo vulgar y trivial, con la exactitud del colorido y la valiente espontaneidad de la ejecución. En aquel período produjo Rusiñol un buen número de obras altamente recomendables, que sirvieron para acreditarle como hábil pintor é inspirado artista. Al dar á conocer hoy á nuestros lectores *La campana de Hix*, aplaudimos al artista que á tanta altura logró entonces poner su nombre.

MISCELÁNEA

**Bellas Artes.** — Ya ha emitido su fallo el Jurado de recompensas de la Exposición de Bellas Artes é Industrias artísticas abierta actualmente en Barcelona. En la imposibilidad de insertar aquí los nombres de todos los artistas que han obtenido algún premio, pues la lista es bastante larga, nos limitaremos á publicar los de aquellos que han sido recompensados con medallas de primera clase, comenzando por el

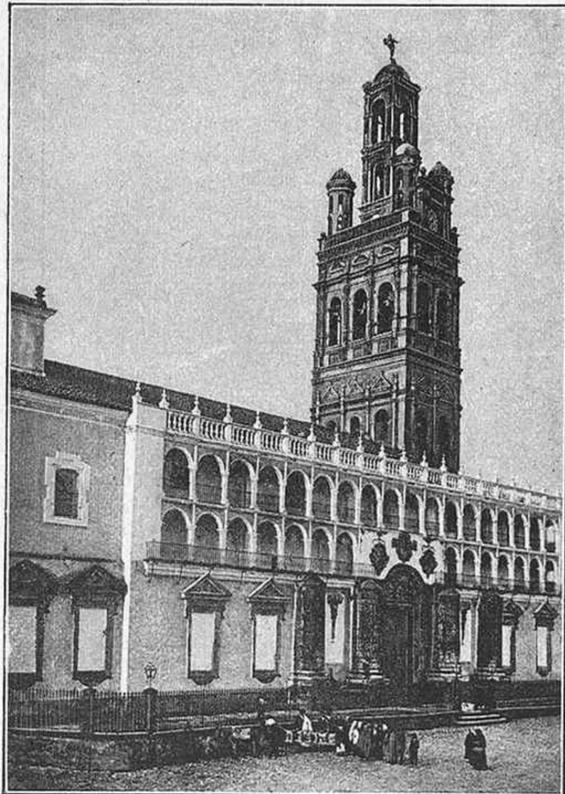
**PREMIO DE HONOR**, concedido por unanimidad al escultor francés Alfred Boucher por el vaciado de su estatua *A la tierra*.

**PINTURA, DIBUJO Y GRABADO.** — Francisco Rouband, de Munich, por su cuadro *Rendición de Schamyl*; Arcadio Mas y Fondevila, *Venite adoremus*; Gonzalo Bilbao, de Sevilla, *¡Triste antesala!*; Juan Llimona, *Volviendo del terruño* (véase el grabado que representa este cuadro); Hendrik Wilhem Mesdag, de Holanda, *Playa de Schweningue*; Hans von Barteli, de Munich, *Barcas pescadoras en el Zuiderzee*; Modesto Urgell, *Siempre lo mismo*; Joaquín Vancells, *Riera de Barata*; Eliseo Meifren, *Paisaje*; Enrique Simonet, de Málaga, *Flevit super illam*; Angelo dall'Oca Bianca, de Verona, *Hojas caídas* (véase el grabado); Franz Stuck, de Munich, *Fantasia*; José Villegas, de Roma, *La condena del dux Marino Faliero*.

**ESCULTURA.** — Teófilo Barrau, de París, *Susana en el baño*; Guillermo Charlier, de Bruselas, *Inquietud maternal*; Manuel Fremiet, de París, *San Jorge*.

**ARQUITECTURA.** — Cayetano Buigas, *Iglesia parroquial para Gironella*; Pablo Salvat, *Monumento-panteón de catalanes ilustres*.

Además han obtenido: en Pintura, el premio extraordinario de 500 pesetas ofrecido por S. A. la infanta doña Isabel, don Manuel Felíu D' Lemus por su cuadro *Blondinette* (véase el



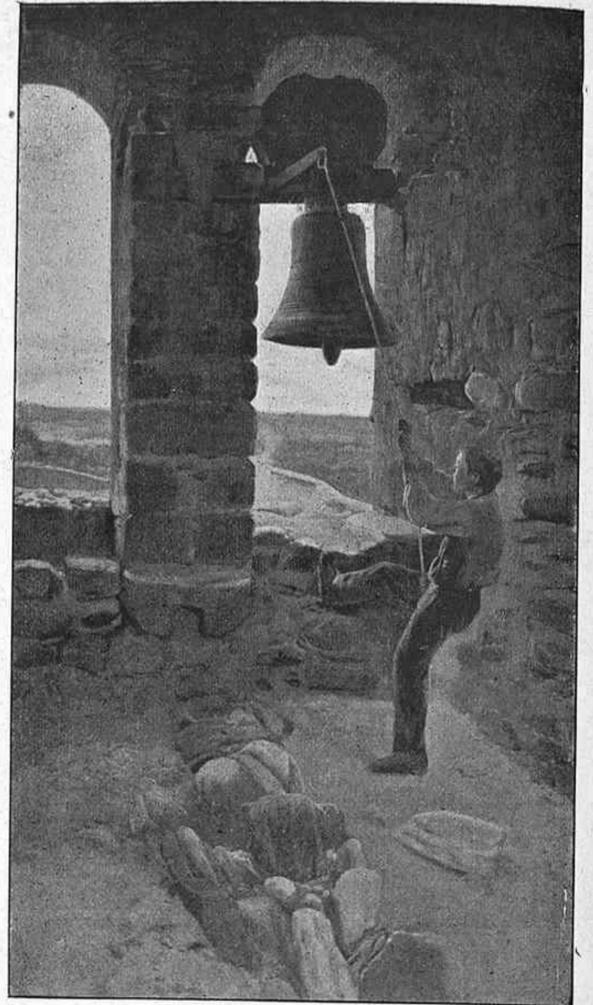
IGLESIA PARROQUIAL DE LA GRANADA, EN LLERENA

cuentes, ladrones en cuadrilla, sacrílegos y asesinos, que aprehendidos por las justicias, fueron albergados en la cárcel real, y si los cuadrilleros y corchetes cumplieron en esta ocasión como buenos, también la Audiencia sustanciando el proceso por trámites sumarísimos, y una vez que confesaron sus crímenes los delincuentes, fueron sentenciados los seis de ellos á la pena de horca, y uno, por su condición de caballero, á ser degollado, cuyo auto de muerte luego que se les notificó pasaron los reos todos á la capilla á ponerse bien con Dios para después morir como cristianos.

A las doce próximamente del día á que nos referimos púsose en movimiento la fúnebre comitiva: abrían la marcha los hermanos de la Doctrina con ciriales y un Santo Cristo, cantando letanías; luego algunas parejas de alguaciles de la Real Audiencia y entre ellas el pregonero; después los reos con sus loras amarillas, menos el capitán de ellos, que la traía negra, acompañados por sus respectivos confesores, los hermanos de la Caridad, el capellán de la cárcel D. Luis Velázquez de Ribera, los alcaldes mayores D. Juan Macías y Pedro Sacome de Linden, el escribano, el verdugo y por último algunos soldados.

Al llegar al retablo del Cristo de la Amargura, que aún hoy se ve en uno de los muros exteriores de la catedral, paráronse todos, y entonces el pregonero con voz estentórea gritó en medio del más profundo silencio: «Esta es la justicia que el Rey Nuestro Señor y su Real Audiencia mandan hacer en estos siete hombres por ladrones en cuadrilla, sacrílegos y asesinos. Quien tal hace que tal pague.»

Llegados á la plaza de San Francisco en compañía de dos religiosos dominicos, el criminal de la loba negra subió las gradas del cadalso y tras él un alguacil de la Real Audiencia, el escribano que había de dar fe de la ejecución y el verdugo de la ciudad Antonio López. Arrodillóse el delincuente, y después de haberse reconciliado con uno de los religiosos y recibida la absolución, sentóse en la silla y echóse hacia atrás por completo el capuz que durante su paso por las calles había casi ocultado su cabeza. En



LA CAMPANA DE HIX, cuadro de Santiago Rusiñol

grabado); el de 1500, ofrecido por los duques de Denia, D. Felíx Mestres y Borrell, por sus cuadros *Iglesia interior* y *De entregar*; el de 1000, de la Academia provincial de Bellas Artes de Barcelona, D. José Pey, por su copia del cuadro *La Santísima Virgen y los Concelleres* del pintor Dalmau; el de 1250, de D. Alejandro Pons y Serra, D. Dionisio Baixeras, por su cuadro *Primavera* (véase el grabado), y el de 1000, de D. José Mansana, D. José Miralles Darmanin, por su lienzo *¡La Novia!* (véase el grabado).

En Escultura se ha otorgado el premio extraordinario de 1000 pesetas, ofrecido por el obispo de Vich, á D. Eusebio Arnau, por su obra *La Sagrada familia de Nazareth*, y el de 1000, de D. Manuel Girona, á D. Julio Martí y Solanas, por su obra *Junto al agua*.

**FOTOGRAFÍA DIRECTA DE LA ESCRITURA.** — En el Congreso de las Sociedades científicas que acaba de celebrarse en París, M. Colson ha dado á conocer una interesante propiedad de los papeles sensibles al cloruro y al bromuro de plata, á saber: que estos papeles, puestos en contacto con otra hoja de papel común escrita con tinta, pierden su sensibilidad en todos los puntos tocados por la tinta.

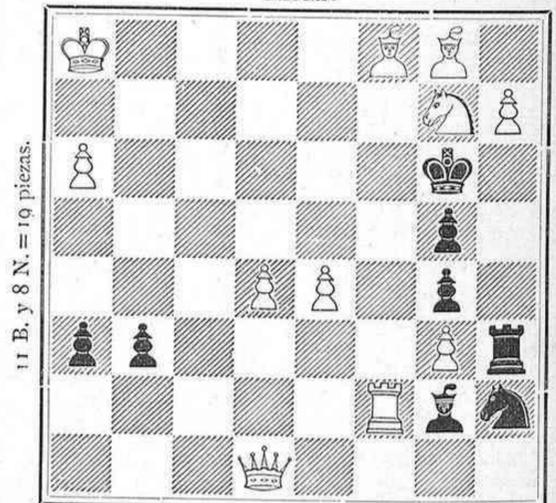
Esta insensibilización no es completa sino después de transcurridas cuarenta y ocho horas. Exponiendo el papel á la luz, se obtiene entonces un negativo que en seguida permanece inalterable, sin que sea menester tratarlo por el hiposulfito.

Las tintas ricas en materias muy oxigenadas son particularmente propias para la producción de este fenómeno.

AJEDREZ

PROBLEMA N.º 24, POR VALENTÍN MARÍN Y LLOVET (Primera mención del octavo concurso del *Hackney Mercury*)

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 23, POR M. LÓPEZ

- |                  |                  |
|------------------|------------------|
| Blancas.         | Negras.          |
| 1. A 5 A R jaque | 1. P toma A      |
| 2. D 6 R         | 2. C 7 A D       |
| 3. D 3 R jaque   | 3. C toma D      |
| 4. P toma C      | 4. P 5 A R       |
| 5. P 4 R         | 5. P 6 A R       |
| 6. P 3 R         | 6. P 7 A R mate. |



Por la mañana venían á buscarla en un carruaje blasonado y resplandeciente

## DOS ANÓNIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

- Pero que te quiten lo jaleado, dijo D. José riendo y golpeando en el hombro á su sobrino. Mira, muchacho, al pensar en tus viajes y locuras, algunas veces me he preguntado si no eras tú el gran sabio, y si nosotros los que acumulamos dinero, no somos más que imbéciles, administradores, más bien que dueños de nuestra fortuna.

- Pero tío, si unos no acumulasen, otros no podrían derrochar.

- Es verdad.

Luego, como haciendo un cómputo, prosiguió:

- Heredaste á los veinticinco años treinta mil duros de renta, de modo que en once años has consumido trece ó catorce millones.

- Justamente, contando con mis usureros y compradores.

- ¡Buen jaleo, Joaquín, buen jaleo! Y ahora ¿qué piensas hacer?

- Pues no hacer nada.

- Te quedan dos caminos.

- ¿Cuáles?

- Uno, aunque escabroso, el hacer un buen matrimonio...

- ¡Ah! ¿Por aquí se casan bien los pobres casi viejos?

- Exageras, hombre. A tu edad, con tus prendas personales y con tu título, esa maniobra no es tan dificultosa, y más estando yo al quite, añadió D. José, que era algo taurómico.

- ¿Y el otro camino, tío?

- El que siempre has tenido abierto: el cuarto tan

cuco, colgado de cretona y con vistas al jardín, que está siempre en mi casa preparado para ti, mis carruajes, mis caballos (aquí el marqués no pudo menos de sonreír) y una onza siempre á la mano para tus desahogos.

- Gracias, tío, ya veremos.

- Oye, Joaquín, dijo D. José, mirando cariñosamente á su sobrino. Yo podría darte gruesas cantidades para prolongar tus devaneos, porque me sobra el dinero; pero como el dar es como el rascar y el querer, sucedería que no muy tarde, como tú eres un pozo airón, nos encontraríamos tú y yo á la luna de Valencia.

- Es muy posible.

- Y caramba, yo pienso vivir todavía unos sesenta años más.

- Eso, tío, ya me parece un exceso, observó sonriendo el marqués.

- ¿Por qué? ¿No hay una negra, no recuerdo dónde, que tiene ciento veinte años? Pues siendo yo hombre y blanco, ¿qué mucho que me proponga vivir diez ó doce años más que ella?

- Ojalá sea así y nos entierres á todos.

- Pues bueno, ya lo sabes. Esto no quita que acudas á mí cuando lo necesites. ¿Tienes dinero?

- Algunos miles de reales que voy á liquidar en Sevilla, viendo á tío Ramón y á los amigos.

Al día siguiente el marqués se fué á Sevilla, y dedicó su primera visita á su tío el conde de Lebrín, que era el pariente más próximo que tenía.

D. Ramón Cifuentes de la Vega, conde de Lebrín,

era un tipo tonto, que pasaba de los sesenta años de edad, y que no pudiendo ya cometer calaveradas, recordaba continuamente y con fruición las que había hecho en su juventud. Según él, su vida había sido una orgía titánica de amores, huelgas, pendenias y otros excesos. En sus buenos tiempos había dado que hablar, y sólo la edad, la viudez y los deberes paternales consiguieron domar los ímpetus de su sangre. Esto es lo que él decía; pero la verdad era que el conde había sido un calavera de contrabando, que consumió su pingüe patrimonio en amoríos y francachelas de baja estofa, con compañías poco selectas y con mujeres que la más distinguida fué una partiquina de teatro. Tuvo la suerte de casarse con una señora rica y viuda, que le dominó por completo, y la de enviudar él á su vez, quedándole una hija á cuya legítima materna *no pudo hincar el diente*, según él mismo decía. Llevaba una vida faustosa, no con su renta, reducida á tres mil quinientos ó cuatro mil duros anuales, sino con la de su hija, que era considerable. Habitaba una hermosa casa solariega en la calle de Santa Ana, y se entretenía en ir al casino de la plaza del Duque, contar las estupendas calaveradas de su juventud y leer novelas.

En esta importante ocupación le sorprendió su sobrino el marqués de Criptana la mañana que fué á verle. Al oír el nombre del marqués, que le anunció un criado, el calavera retirado se levantó con viveza de la butaca en que estaba sentado, dejó sobre una mesa el libro en que leía, que era una novela de su autor predilecto, Paul de Kok, y salió apresurada-

mente al encuentro de su sobrino, que ya entraba en el gabinete.

Hubo un abrazo prolongado, con verdadero cariño por ambas partes, porque ambos á dos se querían mucho, quizá por la ley de los contrastes. El conde, especialmente, estaba hechizado y no se cansaba de mirar á su sobrino, á quien admiraba como los enanos al gigante.

Después de las primeras preguntas referentes á la familia, el conde, que como todos los débiles de pensamiento, atropellaba las ideas, preguntó á su sobrino:

— Y bien, Joaquín, ¿cómo me encuentras?, ¿de dónde vienes?, ¿piensas estar mucho tiempo en Andalucía?, ¿has visto á tu tío Pepe?, ¿qué te ha dicho?, ¿cómo diablos te compones para gastar y triunfar sin que se te acabe el dinero?

— ¡Caramba, tío, eso es una granizada de preguntas! Te pareces á un personaje de *El puñal del Godo*. Vamos por partes. Te encuentro muy bien, rejuvenecido...

— Es que ya me he aquietado.

— Algo antípoda de tío Pepe...

— ¿Por qué?, ¿porque él se ha puesto hecho un tonel y yo me voy acartonando?

— Señal de longevidad.

— Tal creo.

— Pues vengo de Madrid, y no sé el tiempo que permaneceré por estas tierras, porque eso ya no depende de mi voluntad. He visto á mi tío, á quien he encontrado tan campechano como siempre...

— Pero apoplético, ¿no te parece?

— Algo hay de eso..., come cada vez más. Sin embargo, él piensa, y ¡Dios quiera que así sea!, vivir ciento treinta ó cuarenta años. En lo tocante á que no se me acaba el dinero, por fin he conseguido realizar ese milagro, porque no puede acabarse lo que no existe.

— ¿Cómo?

— Tío, *consummatum est!*, dijo el marqués echando una bendición.

— ¿Arruinado?

— Como las ruinas de Itálica.

— ¡Ah, Joaquín, te reconozco, tienes mi sangre, eres todo un caballero!, exclamó el conde de Lebrín, incorporándose en su asiento y abrazando á su sobrino.

— ¿Caballero porque me he arruinado?

— ¡Pues claro, muchacho! Los caballeros debíamos encontrar la piedra filosofal. ¿Y qué piensas hacer?

— Esa misma pregunta me ha dirigido tío Pepe, añadiendo que debía casarme.

— ¡Pues claro!

— ¿Y dónde está esa novia de pan y cebolla?

El conde tomó un aspecto casi grave, y mirando cariñosamente á su sobrino, dijo:

— Puede que haya alguna de pan de oro y diamantes tan gruesos como cebollas.

— ¡Caramba! ¿Alguna vieja?

— De diez y ocho años, la mejor moza de Sevilla, con un ingenio de diablillo, con treinta y tantos mil duros de renta y una corona de condesa suspendida sobre la cabeza.

— ¿Hablas con formalidad, tío?

— Con toda formalidad.

— ¿Y quién es esa sultana de las *Mil y una noches*?

— Deberías haberlo adivinado: mi hija.

— ¿Dorila?

— Sí, tu prima Dorila.

— Pero, tío, ¿estás loco? ¡Si puedo ser su padre!

— Mira, Joaquín, yo hablo siempre con *pesqui* y conozco á las mujeres, es mi especialidad. Desde que llevaba pantalones, Dorila no piensa más que en ti. Cuando niña, siempre me estaba diciendo: «¡Qué guapo, qué gracioso es mi primo Joaquín!» Y la mañana continúa. No se han pasado nunca quince días sin que me haya preguntado por ti. «¿Se sabe de Joaquín? ¿Dónde estará Joaquín? Joaquín, por lo visto, no piensa volver á España. Supongo que no se habrá casado: se sabría,» etc., etc.

— ¡Vaya!

— El otro día, cuando apenas me acababa de levantar, entró apresuradamente en mi cuarto, con *La Correspondencia de España* en la mano, y con ojos brillantes de satisfacción me leyó un párrafo en que se anunciaba tu llegada á Madrid. Ya ves que los síntomas son mortales.

— Pues, tío, yo no sospechaba...

— ¡Eh! Donde menos se piensa salta una muchacha. Mira, Joaquín, he observado que los calaveras volvemos locas á las mujeres. Cuando yo era joven...

— Es que yo ya no voy siéndolo. ¿Quién sabe como me encontrará mi prima?

— No sé, pero me atrevería á apostar que bien: las primeras impresiones nunca se borran. En fin, eso pronto lo veremos, porque Dorila no debe tardar. Ha ido á las Delicias á probar un caballo que le regalé el día de su cumpleaños. Es la primera amazona de Sevilla, ya verás. Y si tarda, como comerás con nosotros, digo, ¡si no tienes compromiso!..

— Ninguno.

— Pues bien: ya verás. Si no encuentras encantadora á Dorila, declararé que las *cocottes* te han estragado el gusto.

— Lo será, tío. De niña prometía mucho.

— Te digo estas cosas por varias razones. En primer lugar supongo que como ya no estás en la primera juventud, si te casas serás más juicioso y no derrocharás á diestro y siniestro...

— ¡Oh! Eso ya he empezado á serlo. Con treinta y tantos mil duros he vivido seis años; verdad es que



Alzóse el portier y se presentó una joven en traje de amazona...

gané al juego cien mil francos en Mónaco y ciento cuarenta mil en París.

— Pues bueno, Joaquín, deseo que te cases con mi hija, para que ella tenga un marido como se merece y para que tú asegures tu porvenir, que puede que esté más comprometido de lo que piensas.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Quiero decir que aún te queda la esperanza de heredar á tu tío Pepe...

— Bien sabe Dios que deseo sea lo más tarde posible.

— Sí, ya sé que eres bueno y desprendido; mas por razón natural, el mejor día puede suceder esta contingencia.

— No hablemos de eso, tío.

— Tengo que hacerte una advertencia. Tu tío te quiere mucho, lo probable es que te deje su fortuna, pero te prevengo que te ha salido un competidor en su cariño.

— ¡Un competidor!

— Y terrible. En las últimas temporadas que hemos pasado en Jerez, Dorila ha cogido por las narices á tu tío Pepe. Ha estado tan cariñosa, tan insinuante, que mi primo no puede pasarse sin ella. Nos ha indicado que nos establezcamos en Jerez, y hasta le veo con conatos de trasladar su residencia á Sevilla.

— Es natural, empieza á aburrirle su soledad.

— Bueno, mas pudiera suceder que la muchacha te birlara la herencia.

— Quedaría todo en la familia.

— A eso tiro. Pero es el caso, que Dorila es muy rica y no lo necesita, mientras que tú...

— ¿Y qué remedio, tío?

— Evitarlo de un modo tan agradable y conveniente para todos, casándote con tu prima... Me parece que discurro con lógica, ¿eh?

— Ya lo creo, pero falta lo principal.

En este momento oyese ruido en la antesala.

— Creo que es Dorila, dijo el conde de Lebrín.

Alzóse el portier y se presentó una joven en traje de amazona, llevando su larga falda recogida en el brazo izquierdo, y un latiguillo en la mano. Era Dorila, la ex pensionista de Mme. Ransseau, la amiga de Soledad. Traía el rostro encendido de calor, pero al ver al marqués de Criptana se puso muy pálida. Detúvose un instante, y luego se adelantó hacia él y le tendió los brazos.

## XVII

Desde aquel día el marqués de Criptana anduvo preocupado y caviloso. La arrogante belleza de su prima había alborotado su sangre de libertino, y se preguntaba cuánto hubiera dado por poseerla. Aquella joven de diez y ocho años que parecía una matrona, resplandeciente de hermosura, en la que se adivinaban apasionados ímpetus, podía ser suya. Además aquella posesión estaba sancionada por las conveniencias sociales y por los prestigios de la fortuna.

Aunque el marqués no era interesado, como ya sabemos, los años habían labrado algo en él y no podía menos de calcular las ventajas que el enlace con su prima le proporcionaban. Hasta su orgullo estaba en salvo: no sería un vulgar pescador de dotes. Aquella unión parecía el complemento de afectos y arreglos de familia. Como hombre de talento y de mundo había traslucido el carácter de Dorila: era vana, caprichosa, casi insensible á todo lo que no fueran sus egoístas pasiones, y tenía una inteligencia peligrosa; pero esto ¿qué importaba? El matrimonio, en cierta esfera, está exento de contingencias. Lo cierto era que el marqués podía unirse á una mujer hermosísima, que le amaba y que aseguraba su porvenir. Por primera vez en su vida el conde de Lebrín había razonado discretamente.

Y sin embargo de estas reflexiones, el marqués titubeaba. ¿Por qué?

Porque á pesar de los años transcurridos no había podido olvidar á Soledad, la niña del cortijo, y su graciosa imagen revoloteaba incesantemente en su imaginación. Como no había sentido cosa semejante por ninguna mujer, el marqués se resignó á creerse maniático, y lo que es más raro, le halagaba serlo. Comprendía que sin Soledad siempre faltaría algo á su vida. Deseaba verla y lo temía: ni más ni menos que un colegial en las fases del primer amor. ¿Cómo hallaría á la niña del cortijo? ¿Habría perdido su atractivo en esa explosión de la infancia á la adolescencia? Estos sentimientos fueron causa de que no se apresurase á ver á Soledad.

Transcurrieron algunos días. El marqués iba asiduamente á casa de su tío, y comía casi todos en compañía del conde y de su hija. Al lado de ésta sentía despertarse su sensualidad y fortalecerse su buen juicio, que le impulsaba á apoderarse de aquella rica presa; y entonces estaba obsequioso y hasta apasionado, dando motivo á que Dorila creyese que había hecho su anhelada conquista; pero pasados aquellos momentos de fascinación, la imagen de Soledad se posesionaba de nuevo de su espíritu.

Hizo avisar á Pedro el cortijero, que no supo si alegrarse ó entristecerse de la vuelta del marqués á Andalucía, y fueron juntos al colegio de Mme. Ransseau. Mientras esperaban á Soledad en la sala de recibimiento, al marqués le palpataba violentamente el corazón.

Cuando se presentó aquella quedóse embelesado. Era la mujer que él había soñado: sensual y casta, pudorosa é irresistible: una hada que se encarna en una princesa, para excitar pasiones enloquecedoras...

Pasaban los días. El marqués hallábase en el peor de los estados: en el de la incertidumbre. A haber conservado su fortuna, no hubiera titubeado; pero su porvenir de pobreza le asustaba.

Una mañana, cuando iba á sentarse á la mesa para almorzar, presentóse en su casa su tío el conde de Lebrín. Tenía el aspecto preocupado: cosa rara en él, que era la frivolidad personificada.

No había almorzado y se sentó á la mesa con su sobrino, á quien produjo alguna sorpresa la visita matinal del conde.

Al comedio del almuerzo, éste, que era glotón, y ya había satisfecho los primeros ímpetus de su apetito, dijo titubeando algún tanto:

- Querido Joaquín, vengo como embajador furtivo y sin credenciales.  
 - ¿Cómo es eso, tío? No comprendo...  
 - El momento es el más á propósito: la mesa es la base de la cordialidad.  
 El marqués, que no quería comprender á su tío, se encogió de hombros.  
 - Se trata de Dorila...  
 - Que por supuesto, ¿sigue tan encantadora?  
 - Sí, pero es la encantadora de la *selva oscura*, y en ella se ha encontrado con un esfinge, según dice.  
 - ¡Vaya!  
 - Y ese esfinge eres tú.  
 - ¡Gracias, por el papel que me adjudica!

La presencia de Delfín, el ayuda de cámara del marqués, interrumpió al conde de Lebrín.  
 «Telegrama para el señor marqués» - dijo el criado, presentándole uno en una bandeja de plata.  
 El marqués leyó el telegrama, se inmutó, púsose en pie, y se le alargó á su tío.  
 El telegrama sólo contenía estas palabras:  
 ¡Gran desgracia! Venga V. E. inmediatamente. - Santiago.  
 Casi al mismo tiempo llegó otro criado, que traía otro telegrama, recibido en casa del conde Lebrín, concebido en los mismos términos.  
 Tío y sobrino, muy sobresaltados, tomaron el tren de las doce y media que salía para Cádiz, y se detu-

consintió sin repugnancia en aquel enlace. El marqués tenía todas las cualidades para hacerse amar, y lo hubiera sido de su mujer, á no haber *asomado la oreja* de su torpe sensualidad. Pronto la joven desposada sintióse herida en su pudor y humillada en su delicadeza: doblemente humillada, porque suponía que la conducta de su marido provenía de la diferencia de origen. En esto se equivocaba: el marqués había tenido la desgracia de no sentir nunca un amor serio, y oscurecido su buen juicio por su culminante pasión de sensualidad, probablemente hubiera procedido del mismo modo con una princesa real. El marqués no notaba la diferencia entre la mujer y la esposa.



¿Y quién es esa sultana de las *Mil y una noches*?

- Esta mañanita hemos hablado largamente de ti. Dorila está más que admirada: estupefacta.  
 - ¿De mí?  
 - Dice que eres como el mar hacia el lado de Sanlúcar, que á cada instante muda de aspecto. Que unas veces te encuentra cariñoso, rendido, con el *aspecto* de hacerla la corte en toda regla; y otras, distraído, ensimismado y como pensando en los cerros de Úbeda.  
 - Podrá ser así, y se explica por la extrema situación en que me hallo.  
 - Mira, sobrino, la queja de Dorila y tu situación son cosas íntimamente enlazadas. A mí me gusta leer novelas, pero no entiendo de psicologías. Dorila te quiere y si te casas con ella...  
 - Permíteme que te interrumpa, tío. ¿Crees en las manías hereditarias, como es la locura?  
 - Según y conforme.  
 - Pues bueno, has de saber que yo soy algo maniático, como lo fué mi padre.  
 - ¿Y á qué viene esto?  
 - Voy á explicártelo. Mi padre conoció en Madrid y se enamoró apasionadamente de la que después fué mi madre. Como no había obstáculos, se arregló pronto el enlace. Pues bien: ¿qué creerás que hizo mi padre ocho días antes del fijado para la boda?  
 - ¿Se volvió atrás?  
 - No, se ausentó de Madrid sin despedirse de nadie, y se encerró en un cortijo de los Almendrales.  
 - Estaría celoso á última hora.  
 - No, no tenía ni el más mínimo motivo; pero en das ocasiones fué una especie de curioso impertinente. Quiso probar si el amor de su prometida resistía á aquel *desaire* y á aquella ausencia.  
 - Pues fué una memada.  
 - Que le salió bien, pues al volver á Madrid, más apasionado que nunca, halló á mi futura madre muy triste, pero cada vez más rendida á su amor.  
 - No lo merecía.  
 - Y no paró en esto, sino que un mes después de su matrimonio repitió la misma maniobra del retraimiento, hasta que se convenció de la inquebrantable fidelidad de su mujer.  
 - Pues esas no son manías, sino locura declarada; pero ¿qué tiene que ver?..

vieron en Jerez. Porque ambos telegramas procedían del mayordomo de D. José Lozano y Ponce.  
 El opulento anciano había muerto. La noche anterior acostóse sin aparente novedad; pero al día siguiente, al entrar á despertarle su criado á las once de la mañana, según costumbre, le halló sin vida.  
 El marqués de Criptana y el conde de Lebrín sintieron en extremo la muerte del bondadoso anciano, y en las clases pobres de Jerez, á las que pródigamente socorría, produjo general consternación.  
 Pasado el novenario, procedióse á abrir el testamento, depositado en casa de un notario de la ciudad: era aquél lacónico en extremo: D. José Lozano legaba todos sus bienes á su sobrino el marqués de Criptana; y su casa-habitación (porque tenía varias) con todos sus enseres, á su sobrina doña Dorila Cifuentes. El testador rogaba á su heredero que siguiera donando las muchas pensiones que tenía establecidas, cuya lista le presentaría su apoderado general, y consignaba una gran cantidad para ser repartida proporcionalmente entre sus dependientes y servidores de todas clases.  
 Procedióse al inventario y tasación de la herencia, que ascendía próximamente á millón y medio de duros. Presentóse en Jerez el socio de D. José Lozano en la casa banca de Londres, y conocedor del carácter del marqués de Criptana, le propuso encargarse de la masa de bienes dejados por el difunto, pasando á su heredero una renta anual de setenta mil duros, cobrada como y cuando quisiera. El marqués aceptó: así se veía libre de administradores y dependientes; y he aquí á aquel pródigo contumaz, rico por segunda vez, justificando los versos de Zorrilla:

«Siempre vive con grandeza  
 quien hecho á grandeza está.»

Un mes después de la muerte de su tío, el marqués de Criptana se eclipsó de Andalucía y de Madrid. Año y medio más tarde, corrió la noticia de su matrimonio con la hija de un cortijero.  
 La unión del marqués con Soledad fué un vértigo por parte de él y una sorpresa por parte de ella. Soledad no le amaba; pero mitad deslumbrada y mitad seducida por la cariñosa insistencia de sus padres,

Un profundo desencanto, rayando en la repugnancia hacia su marido, apoderóse de Soledad. Halló su vida vacía, y se replegó en sí misma como esas flores que se cierran al menor contacto. El marqués, en la primera época de su amoroso transporte, la presentó en Madrid á *su mundo*, y en éste, Soledad tuvo que sufrir nuevas humillaciones, veladas por la cortesía. Era buena, hermosa, elegante, discreta; pero era hija de un cortijero.  
 Al año de matrimonio dió á luz una niña, y la maternidad atenuó su desesperación, que Dios sabe á qué extremo hubiérala conducido. Reconcentró en su hija todas las ternuras de su alma, y apoyada en aquel ser querido resignóse á llevar su cruz, como buena cristiana que era. Porque Soledad, preciso es consignarlo, educada por una abuela fanática, era más que cristiana: era fanática también.  
 He podido indicar algo respecto al estado de ánimo de Soledad; pero no me atrevo á engolfarme en disquisiciones psicológicas en lo que se refiere al del marqués de Criptana. Amor ó atracción hacia su mujer, como jamás había sentido por otra alguna; despecho de no sentirse amado y de sólo poseer un cuerpo sin alma para él; irritación reprimida por la sorda hostilidad de *su mundo* hacia la que llevaba su nombre; intermitencias de pasión, frialdad y casi repulsión hacia su mujer; amor propio humillado; exasperación por no poder labrar en el único corazón que había deseado: he aquí las principales conmociones del espíritu del marqués.  
 La paternidad disminuyó algún tanto la tirantez tranquila entre aquel matrimonio, y transcurrieron nueve años en una paz conyugal aparente. El marqués hacía sus frecuentes viajes de costumbre, y Soledad, aislándose de la sociedad que la desdeñaba, vivía con su hija en su casa de Madrid. Pero cuando la niña iba á cumplir nueve años de edad, llevóse la su padre á París, á la pensión del Sagrado Corazón. En vano se opuso Soledad, en balde le suplicó llorando que no la separase de ella, ó que por lo menos la dejase residir en la capital de Francia, para poder verla alguna vez. El marqués fué inflexible: quizá se hallaba en uno de sus intermitentes periodos de animadversión hacia su mujer.

(Continuará)

LA CATÁSTROFE DE KODINSKY

Las suntuosas fiestas celebradas con motivo de la coronación del tsar Nicolás II terminaron, como es sabido, con una horrorosa catástrofe que acibaró la alegría de aquellos festejos.

En el inmenso campo de Kodinsky, situado en las afueras de Moscou, habíase dispuesto la distribución gratuita al pueblo de algunos víveres envueltos en una servilleta que llevaba estampada la vista del Kremlin y además un vaso de metal cubierto de un ligero esmalte. Más que el deseo de alcanzar los víveres, el afán de poseer este vaso, en el que los mujicks ó campesinos rusos veían un recuerdo de su Padre, de su emperador, había llevado á aquel campo una muchedumbre tan extraordinaria, que algunos espectadores la han hecho ascender á 800.000 personas.

Ya desde la víspera del 30 de mayo, día fijado para esta fiesta popular, se encaminaban á aquel campo para ocupar buen sitio largas y compactas filas de campesinos, y á eso de las ocho de la mañana la muchedumbre era tanta que ocupaba todos los espacios libres de las inmediaciones é iba aumentando sin cesar.

Para que se comprendan bien las causas de la hecatombe sobrevenida, daremos una idea de la disposición del terreno.

En el campo mencionado y á la izquierda del camino de San Petersburgo se había instalado una serie de barracas, distantes unos cien pasos entre sí. Entre estas barracas y perpendicularmente al camino se dejó un espacio de un metro de ancho por el cual habían de pasar una á una las personas que fueran recibiendo los regalos. Por la parte de Moscou, de donde llegaba el gentío, hay á lo largo de la línea de barracas paralela al camino una pequeña zanja que

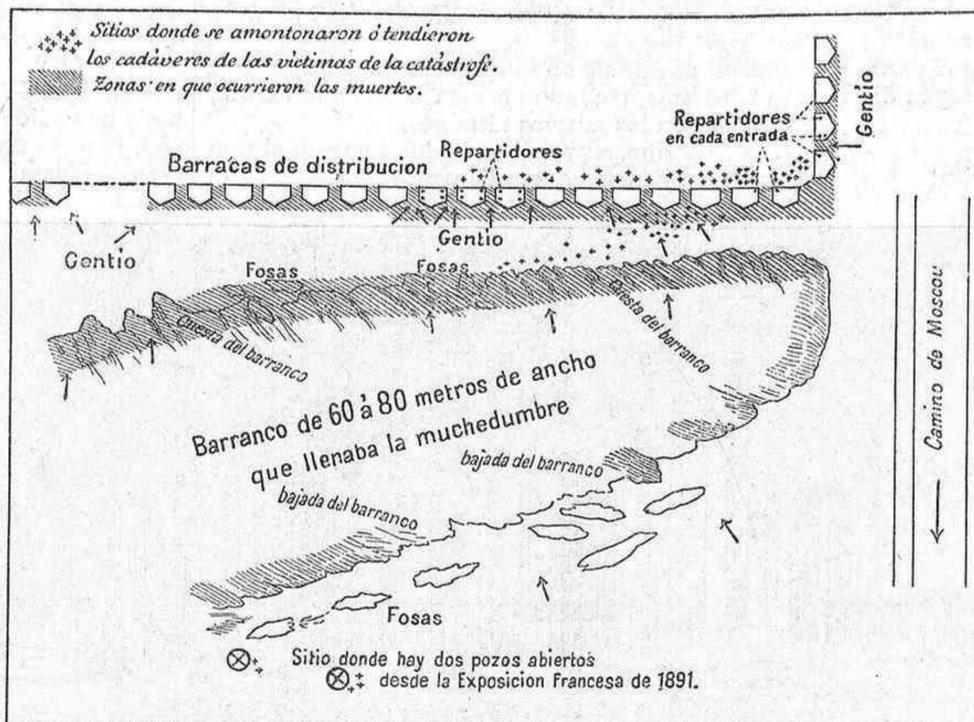
se va ensanchando poco á poco hasta formar enfrente de las primeras barracas un barranco de 60 á 80 metros de anchura por cuatro ó cinco de profundidad en algunos sitios, y como de esta enorme zanja se había ido extrayendo arena y arcilla cuando la última exposición de productos franceses, había en

Todavía no había comenzado el reparto de víveres, y ya las vallas que circundaban el campo de Kodinsky habían caído por tierra; mas tan luego como empezó, el empuje fué irresistible. Los distribuidores tuvieron la mala ocurrencia de lanzar muchos paquetes á las primeras filas, de suerte que se produjo una confusión, de resultas de la cual cayeron muchas personas que fueron en el acto pisoteadas por aquella oleada movediza. Cuantas caían quedaban irremisiblemente perdidas. Al ver aquello, las autoridades pidieron al punto auxilio á la policía y á la tropa cuyo campamento estaba próximo; pero este auxilio agravó el mal, porque al verlo llegar la muchedumbre quiso dispersarse y huir, y entonces los esfuerzos de aquellos miles y miles de personas produjeron nuevas y terribles oleadas que hicieron caer á centenares de infelices en la inmediata zanja y en los pozos, quedando una y otros literalmente colmados de cadáveres estrujados, pisoteados, mutilados y sobre los cuales pasaron como sobre un puente los otros fugitivos.

Las barracas quedaron arrasadas, los gendarmes y sus caballos aplastados, y cuando por fin se pudo despejar un tanto aquel espacio, el campo de Kodinsky presentaba el más luctuoso y aterrador espectáculo que pueda concebirse.

Los bomberos y soldados eran insuficientes para trasladar los heridos á los hospitales y los muertos, en carretadas, al cementerio: baste decir que resultaron más de ocho mil víctimas, casi por mitad de unos y otros, en su mayoría ahogadas, asfixiadas ó con profundas lesiones internas.

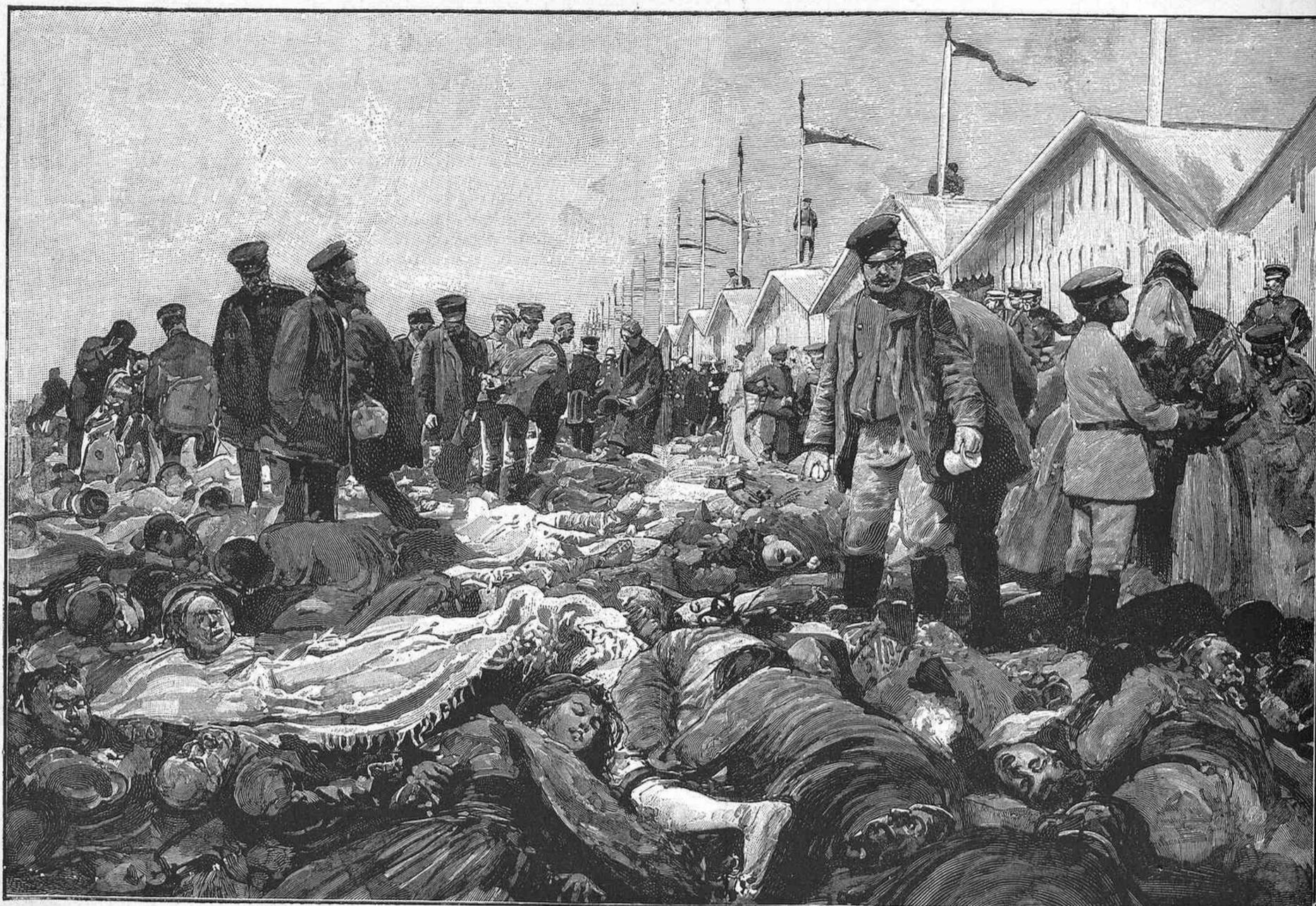
Compréndese la penosa impresión que, en medio del regocijo público, debió causar tan horrorosa desgracia. El emperador y la emperatriz quedaron dolorosamente impresionados, y aquél dispuso que el entierro de los muertos se hiciera por su cuenta. - X.



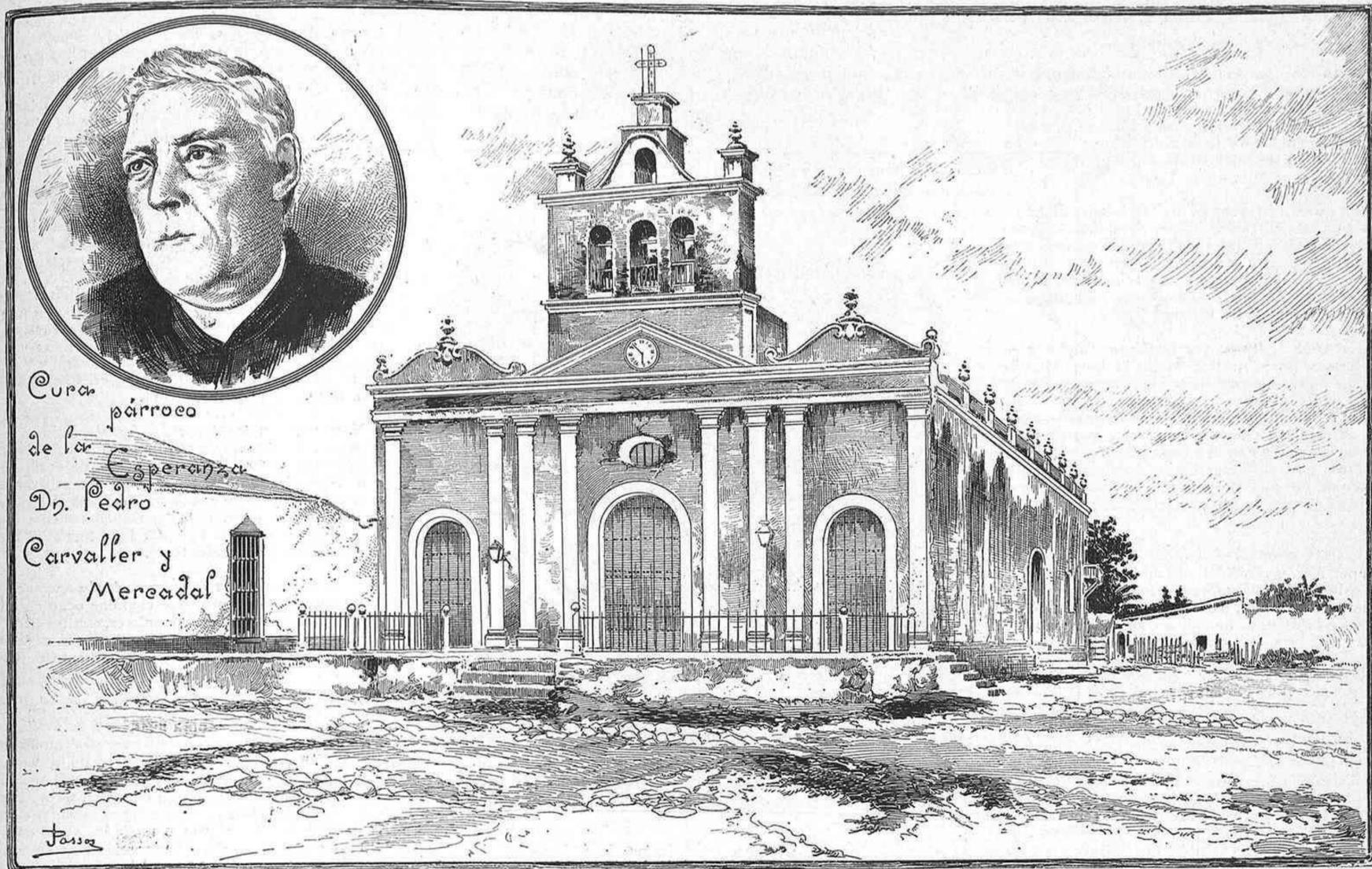
Plano del campo de Kodinsky en Moscou durante la fiesta en que perecieron millares de personas

ciertos sitios un gran número de profundos hoyos y algunos pozos tapados con tablas podridas.

Entre esta zanja y las barracas había un espacio de unos treinta pasos, y así aquella como éste estaban llenos, antes de procederse á la distribución, de un inmenso gentío empujado en todos sentidos por las masas de personas que iban llegando y ocasionando terribles remolinos. Hay que añadir que las barracas se habían construído sobre un terreno desigual que formaba bruscos repliegues.



LA CATÁSTROFE DE KODINSKY. - Reconocimiento de los cadáveres



Cura párroco  
de la Esperanza  
D. Pedro  
Carvaller y  
Mereadal

IGLESIA DEL PUEBLO DE LA ESPERANZA (CUBA), donde su cura párroco, un sobrino de éste y un voluntario rechazaron el 4 de mayo el ataque de los insurrectos

A las doce y media de la noche del día 4 de mayo una partida de 400 insurrectos, mandada por el cabecilla Zayas, sorprendió el pueblo de la Esperanza, de tal modo, que cuando se advirtió su presencia estaban ya en el centro del pueblo. El cura párroco D. Pedro Carvaller, su sobrino D. Rafael Alvarez

y el voluntario D. Pedro Vallina se encerraron en la iglesia, y tan denodadamente sostuvieron el ataque de los rebeldes, que impidieron que incendiaran la plaza y los edificios contiguos, causándoles diez bajas, cuatro muertos y seis heridos, entre ellos el titulado comandante Ignacio Pérez.

Por habérselos acabado las municiones cesaron los tres héroes en la extraordinaria resistencia, que duró hasta las cinco de la mañana del siguiente día; pero á esa hora se habían retirado ya los agresores, acosados también por algunos vecinos de la Esperanza. - X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia)

## SOR CLEMENCIA

novela de costumbres por ENRIQUE PEREZ ESCRICH

AUTOR DEL MANUSCRITO DE UNA MADRE Y DEL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

El argumento de esta preciosa novela no está basado en una pura ficción; es una verídica historia que excita cada vez más el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD** Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

### VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>o</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

**EXIJASE** el nombre y la firma **AROUD**

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigr en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
PASTILLAS DE DETHAN  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.

Exigr en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**CEREBRINA**  
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS **JAQUECAS y NEURALGIAS**  
Suprime los Cólicos periódicos  
E. FOURNIER Farm<sup>o</sup>, 114, Rue de Provence, en PARIS  
La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
Desconfiar de las Imitaciones.

**EL APIOL** de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN  
POR AUTORES Ó EDITORES

EN LA ALDEA, por *Jose S. Chocano*. - Colección de poesías bien sentidas y bien versificadas, del joven poeta peruano Sr. Chocano: las hay de todos los géneros y en todos demuestra su autor cualidades recomendables, especialmente en el amatorio. *En la aldea* ha sido publicado en la biblioteca de «El Perú ilustrado» en Lima.

BREVES CONSIDERACIONES HIGIOPATOLÓGICAS ACERCA DEL APARATO BUCAL, por *S. Colinas Cepeda*. - Contiene este folleto interesantes consejos acerca de la higiene de la boca y la descripción de algunos casos de enfermedades del aparato bucal, curadas por el autor, que demuestran los conocimientos del cirujano-dentista de esta ciudad Sr. Colinas Cepeda.

LOS ESTADOS UNIDOS, por *Guillermo Stolwerg*. - La Biblioteca Enciclopédica Moderna ha publicado el segundo folleto, que contiene datos muy detallados acerca de la República norteamericana, de sus razas, población, religión, instrucción, ejército y marina, agricultura, minerales, industria, comercio, marina mercante, vías de comunicación y hacienda. Como se trata de un asunto que, por desgracia, es de actualidad para los españoles, creemos que este folleto, que se vende á 25 céntimos de peseta, ha de ser bien acogido por el público.

NEÓGRAFOS KONTENPORÁNEOS. Tentativa bibliográfica, por *Karlos Kabezón*. - El autor de este folleto, campeón decidido de la reforma ortográfica que va ganando terreno en Chile, ha coleccionado en él algo de lo que sobre la reforma han dicho algunos reputados filólogos y una lista de las obras de algunos neógrafos contemporáneos que pueden considerarse como autoridades en la materia. Este folleto, presentado al Congreso científico chileno de 1894, ha sido impreso en Santiago de Chile, imprenta de Cervantes, Bandera, 73.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES É INDUSTRIAS ARTÍSTICAS que se celebra actualmente en Barcelona. - Forma un elegante tomo de 240 páginas, impresas con particular esmero, al cual acompañan 62 bellos fotogramas hechos en los acreditados talleres de J. Thomas y C.ª, los cuales representan las obras más salientes de las exhibidas en dicho certamen. Véndese en las principales librerías y en el local de la Exposición.



Edad de piedra, escultura por José Campeny  
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

HISTORIA DE LOS SITIOS DE GERONA DE 1808 Y 1809, por *D. Emilio Grahit*. - Hace poco tiempo nos ocupamos de otra obra que sobre el mismo asunto ha escrito el propio autor, el conocido abogado gerundense D. Emilio Grahit, obra á la que entonces dedicamos las alabanzas que en justicia merece. La que motiva las presentes líneas, con ser de más reducidas proporciones, no es menos digna de elogio, ya que en ella se describen de una manera completa y minuciosa aquellos memorables sitios que aseguraron el dictado de heroica á la ciudad de Gerona y la inmortalidad á los que la defendieron. El Sr. Grahit ha reunido en su libro los datos más interesantes sacados de fuentes auténticas y ha sabido dar á la narración histórica todos los encantos que, dentro de la severidad del estilo propio de obras de esta índole, nacen del relato de una epopeya tan grande como la de aquellos sitios, hecho por quien sabe sentir hondamente las glorias patrias. *La Historia de los sitios de Gerona de 1808 y 1809* ha sido impresa en la imprenta y librería de Paciano Torres (plaza de la Constitución, 9, Gerona) y se vende á 2 pesetas 50 céntimos en Barcelona, Madrid y Valencia en las librerías de Alvaro Verdagué, Fernando Fe y Ramón Ortega respectivamente.

NOVELAS ÍNTIMAS, por *D. Jacinto Labaila*. - La colección diamante, que con tanto éxito publica el editor de esta capital Sr. López, acaba de enriquecerse con dos nuevos tomos, los 41 y 42, que bajo dicho título contienen cinco preciosas novelitas del ameno y conocido escritor Sr. Labaila. Esmeradamente impresos, se hallan de venta en todas las librerías al económico precio de dos reales tomo.

CUADRETS AL NATURAL, por *Antón Masca Boada*. - Folleto de 72 páginas que contiene ocho entretenidos cuadros de costumbres populares, escritos en catalán con notable soltura, y como dice el autor en su prólogo, con perfecta sinceridad. - Reus, imprenta de Celestí Ferrando, 1896.

HISTORIAS MADRILEÑAS, por *Alejandro Larrubiera*. - Nueva é interesante obra añadida á la *Biblioteca selecta* que con tanta aceptación viene publicando el editor de Valencia D. Pascual Aguilar, y de la cual forma el volumen 76. Contiene diez y ocho amenas historietas, en las que se retrata con gran exactitud y correcto lenguaje la sociedad de la corte en sus diferentes clases, y su lectura es amena. Como todas las obras de dicha Biblioteca, se vende al módico precio de 2 reales en casa del editor, Caballeros, 1, Valencia, y en las principales librerías corresponsales de dicha casa.

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION  
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK**  
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.  
(Rótulo adjunto en 4 colores)  
PARIS: Farmacia LEROY  
Y en todas las Farmacias

**PAPEL WLINSI**  
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
Depósito en todas las Farmacias  
PARIS, 31, Rue de Selne.

**Jarabe Laroze**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**PUREZA DEL CUTIS**  
- LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOGES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso  
B<sup>o</sup> St-Denis, 16  
CANDÈS et C<sup>ie</sup>

**UNGÜENTO ROJO MÉRÉ DE CHANTILLY**  
CURACIÓN SIN TRAZAS DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS  
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.  
25 años de éxito. Med. Oro y Plata  
J. FERRÉ y C<sup>ie</sup>, 102, R. Richelieu, Paris

**CARNE y QUINA**  
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA!** con los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos.  
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.  
Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmo. 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
**EXÍJASE el nombre y la firma AROUD**

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**  
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias  
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY**  
destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN